

ISSN: 2805-8836

Baúl de historias

Vol. 1 - No. 7 - 92 p. - Montería, Colombia - 2025

Flora del Pilar Fernández Ortega (compiladora)

Baúl de historias

Vol. 1 - No. 7 - 92 p. - Montería, Colombia - 2025

Flora del Pilar Fernández Ortega (compiladora)

© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana
Vigilada Mineducación

Baúl de historias

Año 1 - No. 7

ISSN-e: 2805-8836

Primera edición, 2025

Escuela de Ciencias Sociales y Humanas

Programa de Comunicación Social - Periodismo

Seccional Montería

Arzobispo de Medellín y Gran Canciller UPB: Mons. Ricardo Tobón Restrepo

Rector General: Padre Diego Marulanda Díaz

Rector Seccional Montería: Pbro. Juan Camilo Restrepo Tamayo

Vicerrector Académico: Juan Francisco Vásquez Carvajal

Vicerrector Académico Seccional Montería: Roger Góez Gutiérrez

Decana de Escuela de Ciencias Sociales y Humanas: Kelly Sofía Doria Velásquez

Coordinadora Editorial UPB: Lisa María Colorado Rodríguez

Producción: Ana Milena Gómez Correa

Diagramación: Daniel Alejandro Rivera Rueda

Corrección de Estilo: José Ignacio Escobar

Fotografía: Tomadas por los mismos autores de las crónicas

Dirección Editorial:

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2025

Correo electrónico: editorial@upb.edu.co

www.upb.edu.co

Telefax: (57)(4) 354 4565

A.A. 56006 - Medellín - Colombia

Radicado: 2353-20-05-25

Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio o para cualquier propósito sin la autorización escrita de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

Tabla de contenido

Prólogo.....	7
<i>Flora del Pilar Fernández Ortega</i>	
El encantador de perros	9
<i>Karen Yulieth Amaya Osorio</i>	
Más allá del mototaxismo.....	11
<i>Lizeth Anaconda Arboleda</i>	
El pozo de los recuerdos.....	13
<i>Andrea Arévalo Salgado</i>	
Perdí a mi superhéroe a los 12 años.....	16
<i>Daniela Benedetty Perneth</i>	
Del campo a un libro	18
<i>Valentina Berrocal Fuentes</i>	
Memorias de una región desaparecida.....	21
<i>Lauren Bravo Velásquez</i>	
Educación en crisis	23
<i>Maira Castellano Cuadrado</i>	
La vida en el campo no es fácil	27
<i>Sebastián Cordero Petro</i>	
Urrá: ¿la amenaza mortal del pueblo Embera Katío del Alto Sinú.....	31
<i>María Fernanda de la Vega Martínez</i>	
Ayudando a quienes lo necesitan	35
<i>Silvia Fernanda Gómez Espinal</i>	
Zhalemakú: un misionero especial	37
<i>Juliana González Saavedra</i>	
El viaje al territorio de Bajo Agua.....	46
<i>Gustavo Guacarí Hernández</i>	
Álvaro: amor sin condiciones	50
<i>Andrea Carolina Hoyos Caro</i>	

Un sueño musical: Ben3detti	52
<i>Valeria Jiménez Bedoya</i>	
Crónica de un robo anunciado	55
<i>Isabel Julieth León Jiménez</i>	
Una labor social de la Universidad Pontificia Bolivariana (UPB)	61
<i>Cristian David Llorente Espitia</i>	
¡Una historia por contar! A la sobra del comercio informal	65
<i>María Margarita Lora Nova</i>	
¡Y me salvé dos veces!	67
<i>Joscelyn Morelos Serna</i>	
Puerto escondido y su odisea con la vía.....	71
<i>María Camila Narváez Hernández</i>	
Violencia, emigración y pornografía: el recorrido de una historia con contenido para adultos	74
<i>María Margarita Lora Nova</i>	
Detrás de la mirada de un soldado	78
<i>Natalia Rhenals Briceño</i>	
A la altura del bonsái.....	80
<i>Sharon Snow Polo</i>	
El otro lado de una cara “feliz”	83
<i>Mariana Trujillo Pineda</i>	
Noche de robo	86
<i>Stephany Zabala Coronado</i>	

Prólogo

Por Flora del Pilar Fernández Ortega

La palabra crónica remite inmediatamente al periodismo, ya que, en sus orígenes, los artículos de los periódicos se denominaban simplemente crónicas. La tradición de llamar así a los diferentes textos de un diario o una revista es explicable: la crónica es la antecesora del periodismo informativo. Cuando la industria de la información todavía no había alcanzado el vigor que lograría después de mediados del siglo pasado, los periodistas mismos daban a las noticias la denominación de crónicas. Pero los verdaderos “inventores” de la crónica fueron los historiadores, quienes también fueron llamados cronistas, tal como se hace actualmente en muchas oportunidades con los periodistas.

Los cronistas llegaron al Nuevo Mundo con la conquista, siendo herederos de la crónica medieval, que tuvo como característica la narración pura, la objetividad o el juicio reflexivo. Los cronistas fueron quienes compusieron las primeras piezas periodísticas en el siglo XVI, las cuales tenían un denominador común: narraban hechos reales, sucesos ocurridos durante un lapso determinado de tiempo, historias contadas “de principio a fin”.

A nivel universal se destacan las hazañas griegas y las romanas. Cuando el periodismo se convierte en “periódico”, es decir, cuando se editan publicaciones en fechas fijas, el antiguo cronista, recolector de “aquello que pasó”, se especializa para convertirse en periodista. La crónica se transforma, asimilando nuevas técnicas de escritura y narración de sucesos. A través de la sistematización para el estudio, se fijan límites y surge como un género periodístico.

Hoy en día, estos géneros hacen parte viva del ejercicio profesional del periodismo, no sólo llenando las páginas de los periódicos, sino también fortaleciendo los medios digitales. Hoy agradezco a Nidia Serrano Montes, gestora de este proyecto, por permitirnos hacer parte de este Baúl de Historias.

El encantador de perros

Por Karen Yulieth Amaya Osorio



Al noroeste de Bogotá, en la localidad de Suba, vive un hombre que con su presencia anima a los perros del vecindario. Su nombre es Kamilo López, así con K, lo que denota ser único como persona. Este joven de 21 años, oriundo del municipio de Montelíbano, Córdoba, realiza en la capital del país sus estudios universitarios de medicina veterinaria en la Universidad de La Salle.

Sus amigos y conocidos más cercanos lo conocen como El encantador de perros. Pero ¿por qué lo llaman así? Todo inició el 20 de enero de 2018, fecha en la que se radicó en Bogotá y que recuerda como si fuera ayer. Mudarse a una pensión cambió su vida, pues creía que allí estaría bien, pero el sufrimiento que lo rodeaba era impresionante. Alrededor de las habitaciones cercanas a la suya había perros que estaban sufriendo a escalas inimaginables o que nunca pensó presenciar. Kamilo cuenta: “tener que ver a los perritos cuando llegaba de la universidad me producía una gran tristeza, pues a altas horas de la noche los encontraba en la entrada de la pensión padeciendo hambre, frío y uno notaba en sus miradas las necesidades que tenían”.

Luego de varios meses, esperó que la situación mejorara, pero, al ver que todo seguía igual, el 31 de julio de 2018 decidió recolectar dinero en su facultad, para llevarles a los animales comida y los medicamentos que necesitaran. De esta manera, publicando en sus redes sociales qué ayudas necesitaba, empezó el proceso. A partir de ese momento, todo empezó a mejorar tanto para Kamilo como para los perritos.

El 31 de diciembre de 2018, un refugio internacional de animales, al reconocer la dedicación de Kamilo, decidió apoyarlo para que iniciara un centro de ayuda para perros que estuvieran padeciendo la misma situación. “¡Qué mejor noticia en un fin de año!”, dice Kamilo. Con sus ojos llorosos, recuerda este momento y afirma: “las bendiciones llegan cuando obramos bien con quienes lo necesitan”.

Sus compañeros de la universidad lo conocen como una persona altruista y bondadosa. Reconocen su esfuerzo y destacan que él prefiere ayudar a los perros en vez de estar gozando de su juventud con fiestas u otras actividades.

Evidentemente, Kamilo es un joven con un gran corazón. Con su pasión por ayudar a los animales ha generado un gran impacto en su comunidad y, sobre todo, es un ejemplo claro de que, con amor y perseverancia, se pueden lograr grandes cosas si nos lo proponemos.

Más allá del mototaxismo

Por Lizeth Anacona Arboleda



Si vives en la costa Caribe colombiana, probablemente alguna vez has tenido que transportarte en las famosas mototaxis. El mototaxismo es una actividad que, a lo largo de la historia, se ha convertido en un trabajo para muchos, y en un medio de transporte público accesible para personas de diversos recursos, debido a su bajo costo, rapidez y eficiencia para llegar a cualquier destino. Sin embargo, este oficio es ilegal, aunque es muy utilizado. Y, aunque ha intentado legalizarse, no ha sido posible. En palabras de Julio Ramírez, mototaxista de la ciudad de Montería, el hecho de que sea ilegal ha traído muchos inconvenientes para él y sus colegas.

Julio Ramírez se encuentra en la Calle 27 con Primera, en pleno centro de la ciudad de Montería. A sus 40 años, ha ejercido el mototaxismo como su empleo principal a lo largo de su vida. Lleva quince años ejerciéndolo y menciona con alegría que, gracias a este, ha sostenido económicamente a su familia y educado a sus tres hijos.

Nos encontramos el 20 de octubre de 2021. Tenía una chaqueta para protegerse del sol y gotas de sudor en la frente. Dijo entre risas que,

aunque no soportara el calor, ese era “su uniforme”. Me acerqué a hablar con Julio mientras le salía una carrera y en esa larga espera conocí más de lo que se ve desde afuera en un oficio como este.

Observa el agotamiento en la cara de Julio, pues eran las dos de la tarde y había salido a trabajar desde las seis de la mañana. Por ello, para romper el hielo le pregunto:

—¿A qué edad se inició en esto?

—Bueno, yo tenía más o menos como 25 años y empecé a trabajar como mototaxi, porque no había más nada que hacer y, ajá, si tenía la moto ahí debía ponerla a producir y empecé a darle.

Luego de notar su cansancio y la manera como se expresaba al contarme su historia, decidí preguntarle sus por qué. Y es que la vida para Julio no ha sido fácil. En sus años como mototaxista ha tenido que lidiar con golpes que, más que físicos, han sido lecciones de vida. El tener que lidiar con ladrones que le quieren quitar lo único que le genera un sustento en su vida no ha sido fácil. A pesar de todos los inconvenientes que ha tenido en su oficio como mototaxista, lo que lo motiva a seguir adelante es saber que en su casa lo esperan sus hijos con una sonrisa, algo que él siempre quiere ver.

Mantener un trabajo estable en Colombia, dada la actual escasez de oportunidades laborales, no es fácil. Sin embargo, alternativas agotadoras como el mototaxismo han brindado apoyo a quienes necesitan un sustento para ellos y sus familias. ◦

El pozo de los recuerdos

Por Andrea Arévalo Salgado



Llegar a Sahagún es alimentar la vista, pues es un pueblo bello y colorido, con miles de historias corriendo por sus calles. Aquí existe desde hace muchos años un pozo llamado El aguá, que fue en su época de gloria una importante fuente hídrica que nutría con su precioso líquido al pueblo. Pero hoy, debido a la contaminación, solo alimenta los recuerdos de aquellos que lo conocieron y lo tuvieron como punto de encuentro de juegos e historias de los habitantes.

Para llegar a El agua, ingresamos por el barrio Venecia, ubicado a orillas de la carretera. Sus calles son largas y todos sus habitantes saludan al que pasa, pues en este pueblo todos se conocen, todos son amigos. Al llegar al fondo de la primera calle del barrio doblamos hacia la izquierda, donde empieza la Calle de la aguá, una vía sin pavimentar, empinada y rocosa.

A medida que vamos bajando encontramos los escalones improvisados que facilitan el andar por todo lo que algún día fue el pozo más importante del pueblo. Cuando finalmente llegamos, solo se observa un gran espacio lleno de ramas y escombros, resultado de muchos

esfuerzos por aterrarlo. Mientras caminamos alrededor, aún podemos ver pequeños brotes de agua. Los habitantes del lugar nos empiezan a narrar sus historias con una voz melancólica pero alegre.

Este pozo lastimosamente ya no alberga agua, pero sí una cantidad de historias y recuerdos, y ha inspirado cientos de historias...

Los habitantes más veteranos del pueblo recuerdan con ilusión aquello que fue El aguá, la primera fuente de agua, comercio, diversión e incluso de tareas e investigaciones para muchos estudiantes. Se dice que el pueblo se construyó cerca del pozo, debido a que era la única fuente de agua disponible para que los primeros habitantes pudieran cubrir sus necesidades básicas. Además, el agua que extraían de allí era viva, delgada y muy fresca. La utilizaban tanto para los oficios de la casa, como para su consumo.

Las primeras formas de comercio giraron en torno a los muchachos pobres del pueblo, quienes andaban en burros acarreando agua en tinajas mientras estudiaban; las niñas, por su parte, les ayudaban a llenar las tinajas, para después poder jugar en el afluente. También les ayudaban a las señoras con el lavado de la ropa.

Todas las personas se reunían desde muy temprano alrededor del pozo y aproximadamente a la una de la tarde ya estaban de regreso a sus casas, debido a que se creía que en el pozo aparecían encantos. Entre tantas de estas historias mágicas, hubo dos que dejaron perplejos a los habitantes. La primera fue la de un pescado muy grande que agarró un habitante que se dedicaba a acarrear agua y hacer mandados. Lo hizo porque, según él, no tenía nada para comer. Al llegar a casa una vecina le pidió que fuera a conseguirle arroz para la cena. El hombre guardó el pescado en su congelador y se fue. Al volver a casa, listo para preparar la comida del día, abrió la nevera y vaya sorpresa se llevó al percatarse de que su pescado ya no estaba. Decían los vecinos que el animal, de misterioso tamaño, había vuelto a su hogar.

La segunda historia cuenta que, cuando el pozo quedaba totalmente solo y los habitantes del pueblo estaban en sus casas, una mujer semi-desnuda, blanca, de rubios cabellos y delgada emergía en las aguas

frescas del afluente para bañarse. Nadie dudaba de la veracidad de estas historias, pues se creía que el agua que brotaba era agua viva y tenía el poder de provocar apariciones mágicas.

Este pozo tuvo tanta importancia para el pueblo y sus habitantes que, en un árbol grande y frondoso a su orilla, vivía un hombre del pueblo, quien era visto como su guardián. Allí tenía cientos de velas e imágenes de diferentes personas de la población. Vivió en este lugar durante muchísimo tiempo, hasta que El aguá se secó y la alcaldía del municipio sacó a las personas que invadieron y contaminaron el pozo. Han sido miles los intentos que se han hecho por limpiar y recuperar uno de los lugares que los sahadunenses consideran patrimonio del pueblo, pero siempre vuelven a invadirlo y contaminarlo para que no brote el agua. Mientras tanto, los habitantes más veteranos añoran la belleza de este lugar y ruegan porque algún día se le devuelva al pozo su antigua gloria. ◦

Perdí a mi superhéroe a los 12 años

Por Daniela Benedetty Perneth



René, hijo de Tomasa Guzmán y Raúl Benedetty, nació el primero de agosto 1968. Era la luz de los ojos de sus padres, porque era el menor de sus hijos. Sus caprichos y deseos eran cumplidos. A su mamá, de cariño, siempre le llamaba Toma, mientras que a su papá le decía que era su superhéroe, porque estaba presente cada vez que necesitaba ayuda.

Los sábados a las cinco de la tarde era costumbre ir al parque y cuando ya eran las siete de la noche Raúl siempre decía: “Es hora de ir a casa, la comida se enfría”. Ese superhéroe era muy juguetón, a pesar de que en algunas ocasiones era gruñón. Cuando pedía a sus hijos que fueran a la tienda, decía: “Voy a escupir y deben venir antes de que la saliva se seque”. Si no llegaban a tiempo, seguro estaba en la puerta esperando con una correa. Cuando entraba decía: “Usted lo que estaba haciendo era mamar gallo, por eso aquí tiene su juetera”.

Los permisos eran bien restringidos y solo hasta las ocho de la noche, porque el superhéroe decía que en la calle había mucho peligro. Raúl

siempre fue un hombre responsable, nunca llegó a la casa sin algo para comer, por eso René decía que cuando grande quería ser como su papá.

El 12 de marzo de 1979, el superhéroe empezó a tener problemas de salud. Desde ese momento, René, el menor de diez hermanos, decidió asumir la responsabilidad de sostener su casa, en reemplazo de su super papá. René solo tenía 11 años. Se fue en busca de trabajo a la ciudad de Cartagena y lo hizo caminando. Después de haberse perdido en una ciudad tan grande, se le presentaron obstáculos que debió superar poco a poco.

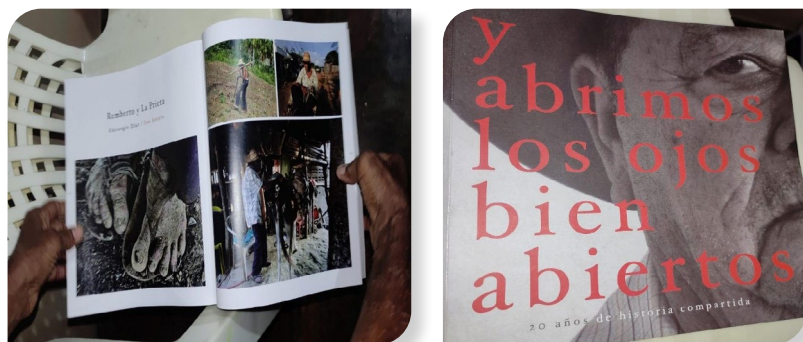
Finalmente, logró encontrar un trabajo de ayudante en el mercado de la ciudad. A este iba en las tardes después de salir de clase. Durante el trayecto pensaba en su papá, ya que la salud del superhéroe, en vez de mejorar, iba de mal en peor. Con lo poco que René ganaba su familia compraba algunos medicamentos y alimentos.

El 1 de julio de 1979 Raúl salió de la clínica, pero su situación seguía delicada: sus pulmones estaban muy afectados por su adicción al cigarrillo. René continuó trabajando y estudiando mientras su papá se mejoraba, pero lo que él no sabía era que su superhéroe se estaba consumiendo por dentro. El 15 de diciembre volvió a recaer y ya René perdió las esperanzas. Creyó que su papá no se recuperaría, por lo que decidió visitarlo para expresarle toda la admiración que sentía por él y contarle sobre su decisión de asumir la responsabilidad de hacerse cargo de la familia.

Pasó el tiempo y el 6 de enero de 1980 la fuerza y la valentía de este superhéroe llegaron a su fin. Su historia en la tierra terminó, pero en el corazón de su hijo siguió intacta. Para René, había muerto el hombre que tanto admiraba. Entre lágrimas, el día de su sepelio dijo: “Yo seré como tú, mi superhéroe de vida”.

Del campo a un libro

Por Valentina Berrocal Fuentes



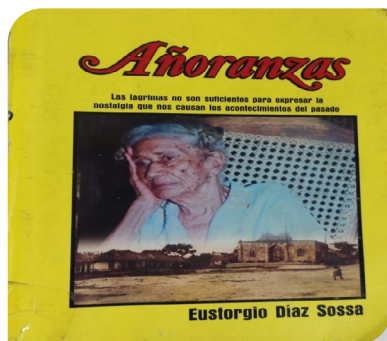
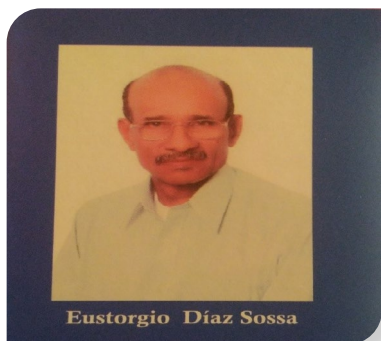
La tarde del 13 de octubre, alrededor de las cinco y cuarenta, el autor de Añoranzas, sentado en una mecedora en la sala de su casa, recuerda con precisión lo que ha sido su vida y cómo ha puesto en práctica sus conocimientos sin haber pisado un plantel educativo. Ha participado en proyectos periodísticos, como por ejemplo Y abrimos los ojos bien abiertos, libro de fotorreportaje que hizo en colaboración con otros escritores, cuyo objetivo es dar a conocer las historias de los campesinos y resaltar su labor.

El 27 de octubre de 1947 nace en San Antero, Córdoba, un campesino con alma y mente de escritor, a quien bautizaron con el nombre de Eustorgio Díaz Sossa. Con mucha soltura habla de la odisea que vivió desde niño. No sabía que podía ser escritor, pues creía que un libro solo lo podía escribir una persona con amplio conocimiento y que hubiera cursado un grado escolar, pero en el caso de este ser tan noble no fue así.

“No recuerdo desde cuándo tuve un machete en mis manos”, dice el escritor. Así comienza el despliegue de las historias de un campesino que, con nostalgia, pasión y disciplina, ha dejado su huella en la literatura. Ha escrito libros como Nostalgia de un segundo, Vida en tole-

rancia y su primer libro, *Añoranzas*, publicado en 2006, que hasta la fecha sigue siendo su obra más importante. En esos escritos recoge los acontecimientos más importantes de San Antero en épocas pasadas.

Con una gestualidad muy espontánea, Eustorgio rememora cómo fue que descubrió su amor e inclinación por la escritura. A pesar de que pasaba gran parte del día en el campo, llegaba a su casa a escribir.



Los papelitos me ayudaron

“En mi época de juventud, se veía mucho el intercambio de cartas, entonces yo para hablarle a las chicas también escribía”, comenta Eustorgio. A partir de ese momento, a los 13 años, se interesó por aprender a escribir. Inspirado por sus planes de conquista, escribió sus primeras líneas en forma de poemas. Más tarde, al intentar argumentar, Díaz exclama: “No es posible que otro sea el que escriba lo que yo quería expresar, entonces yo escribía en los papelitos y eso me ayudó mucho”. El ejercicio alimentó su mente creativa e inspirada.

Sigue jugando y mientras cruza sus manos al expresarse dice: “La escritura es celosa, no es fácil, no cualquiera puede escribir, es algo que nace”. Su amigo y colega, el escritor Javier Verbel, nativo del mismo municipio pero que reside en Tolú, Sucre, es la persona encargada de atenuar las faltas de ortografía que en algunos casos comete Eustorgio. Gracias a esta colaboración nació esa amistad. Entre risas, recuerda el primer día en que tuvo su primer encuentro con el escritor y amigo Javier: “Cuando yo tenía listo el libro *Añoranzas*, yo le mandé un

borrador para que él viera e hiciera mi trabajo, y me devolvió el borrador con muchas correcciones ortográficas. Yo me decepcioné, lo corregí y luego publiqué el libro”.

Eustorgio Díaz pertenece a una familia numerosa compuesta por diecisiete hermanos, de los cuales lograron criarse catorce. Empezó un viaje hacia el departamento de Bolívar acompañado de su familia. Vivió en Cartagena, pero cuando tuvo la mayoría de edad se marchó al Urabá antioqueño a trabajar en la finca de un familiar, ya que le hacían falta los terrenos amplios con suelo fértil, “el monte”, como lo llaman las personas dedicadas al campo.

Sin darse cuenta se convirtió en un líder. Ayudaba a su comunidad y las reuniones eran siempre en su casa, pero eso se convertiría en un dolor de cabeza más adelante. Resulta que personas vinculadas a grupos al margen de la ley se acercaron a Eustorgio para aprovecharse de su liderazgo. Sabía que eso también sería un problema para su familia, por lo que decidió irse del pueblito antioqueño y llegar a la ciudad de Sincelejo, capital de Sucre. Allí rehízo su vida junto a su esposa e hijo, aunque siempre aprovechaba la cercanía para visitar su pueblo natal.

¡Que vaina buena!

“Protestas de un líder”: así llamó al poema que dedicó al mejor amigo del campesino, el burro. Con esta obra, Eustorgio se ganó, en 1989, el cariño y la ovación de los espectadores de la fiesta icónica de San Antero, el Festival del Burro. Las personas que dirigían la festividad no lo querían dejar subir a la tarima, pero él, siendo persistente, logró convencerlas. Fue así como logró subir a la tarima y recitar su poema dedicado al burro.

¿Del campo a un libro? ¿Escribir es algo que cualquiera puede hacer? Estas fueron las preguntas que tejieron un arsenal de historias interesantes en la vida del campesino que convirtió el machete en libros. Un claro ejemplo de superación y disciplina: demuestra que nunca es tarde para empezar, ser persistentes en un deber y, finalmente, gozar de los derechos que nos corresponden. ◦

Memorias de una región desaparecida

Por Lauren Bravo Velásquez



Sentado en la terraza de su casa, con una cerveza en la mano, Wilson Bravo recuerda cómo fue vivir en el Alto Sinú antes de que el área se hundiera por la construcción de la represa Urrá, ubicada en el sur del municipio de Tierralta, en el departamento de Córdoba.

Sentado a mi derecha, Wilson eleva su mirada al cielo y noto cómo sus ojos llenan de lágrimas. Comienzo preguntándole cómo eran las casas de la región en esa época, a lo que responde que eran construidas con madera redonda, “llamados horcones, los cuales se utilizan para sostener los techos. Estos últimos se hacían generalmente de palma, su suelo era natural y algunas eran cercadas con tablas. La casa donde crecí era para mí la más bonita de aquel lugar”.

Wilson cuenta, además, que en la región usualmente las personas se dedicaban a las labores del campo; no obstante, en sus ratos libres se reunían los grupos familiares o amigos a echar cuentos o a jugar parques, dominó y cartas. Papá Bravo, el abuelo de Wilson, se dedicaba a componer décimas y cantarlas.

Muchas fiestas y celebraciones de la región eran realizadas en casa de los Bravo. A estas asistían incluso los ganaderos más importantes del Alto Sinú. Se mataban vacas o gallinas, y las mujeres se encargaban de las preparaciones mientras los hombres hablaban de negocios y el campo. Las peleas de gallos eran uno de los temas que más se tocaban en estas reuniones. A los niños solo los integraban a las reuniones de los adultos a la hora de comer, ya que estar presente en ellas era una falta de respeto. Ellos, mientras tanto, se entretenían jugando, tumbando las frutas de los árboles y haciendo mandados.

Hacia la década de los setenta los caseríos y veredas comenzaron a crecer. Las Claras se convirtió en el corregimiento más importante de la región. Por ende, los campeonatos deportivos de béisbol y fútbol se realizaban allí, donde vivía la familia Bravo.

Los campeonatos de béisbol no duraron mucho tiempo, ya que los implementos eran demasiado costosos; sin embargo, había personas con talento para ese deporte, como Náfer Ballesteros, un joven campesino de la región al que sus colegas proclamaban como la estrella del equipo. Tenía un talento natural para el béisbol y era muy querido por sus compañeros. Tanto así, que Wilson dice que en su equipo lo cuidaban al punto de encargarse de sus actividades en el campo para evitar que se estropeará el brazo y la mano.

Al final, fueron muchas las personas que se vieron afectadas y pocas las que cumplieron sus sueños, pero siempre llevarán la magia de haber pertenecido a la región del Alto Sinú. Algunos talentos alcanzaron a brillar en medio de tanta incertidumbre y, aunque les arrebataron sus terrenos, jamás podrán arrebatarles los recuerdos y sus ganas de salir adelante. ◦

Educación en crisis

Por Maira Castellano Cuadrado



Kenneth es un joven monteriano de 19 años que pasó por distintas instituciones educativas de Montería y de todas ellas tiene diferentes recuerdos, unos mejores que otros. Cursó preescolar y transición en la Institución Educativa Los Olivos. A los 5 años ingresó a la institución privada Gimnasio Aventuras del Saber, en el barrio La Pradera, donde cursó primero. Kenneth se destacaba por aprender sumamente rápido las lecciones que le daba su docente; sin embargo, nunca le gustó realizar las tareas o actividades escolares que le dejaban para hacer en la casa.

Su padre era taxista en ese entonces y el dinero no le alcanzaba para que Kenneth y su hermana, que estaba en un grado inferior a él, estudiaran en instituciones privadas, así que los matricularon en una institución pública. Fue aquí donde vieron la diferencia en sus conocimientos, pues los niños de dicha institución tenían un nivel más bajo en comparación con Kenneth y su hermana. Al presentar el examen para ingresar a la institución, en vez de ingresar a primero pasó a segundo con su hermano. A Kenneth, por su parte, le ofrecieron avanzar a tercero de primaria, pero su padre decidió que se quedara en segundo para acompañar a su hermana.

La Institución Educativa La Unión, donde cursaron segundo de primaria, era una casa ubicada en el barrio Cantaclaro, sector La Unión. Tenía tres piezas en las que se cursaban los grados primero, segundo y tercero de primaria, un patio más o menos grande y dos baños: uno para las niñas y otro para los niños. Tenía tres docentes, pero en una ocasión una de ellas renunció, lo que obligó a juntar a los niños de primero y segundo en un mismo salón. Durante aproximadamente dos o tres meses, una sola docente se encargó de impartir clases a ambos cursos. En esta institución recibieron materiales escolares que les proporcionaba el Gobierno: cuadernos, bolsos, cartucheras, lápices, lapiceros, dos uniformes escolares, medias y el famoso par de zapatos 4x4, que todos odiaban por lo feos que eran.

Afirma Kenneth que luego de eso se mudaron al barrio Juan XXIII, por lo que ingresaron a estudiar en la Institución Educativa Juan XXIII, donde cursaron tercero de primaria, para luego volver a la institución donde hicieron cuarto grado.

La Institución Educativa la Pradera fue testigo del último año de primaria del joven, donde destacaba por participar mucho en clases y ser bueno para las matemáticas y los deportes, tanto así que le pidieron que pasara a primero de bachillerato, pero nuevamente su padre declinó la oferta, pues no quería separarlo de su hermana menor, por lo que en 2012 terminaron ambos la primaria graduándose con honores.

Sus abuelos decidieron dejar de vivir en la ciudad y se trasladaron a Los Garzones, llevándose con ellos a Kenneth y su hermana. Ambos

iniciaron el bachillerato en la Institución Educativa Los Garzones, donde Kenneth siguió destacándose, manteniéndose siempre entre los tres primeros puestos de la clase. Además, participaba en las ferias escolares con proyectos que hacía junto a su profesora de Biología, Lucy Burgos, quien lo llevaba a participar en proyectos de la CVS, Proactiva, entre otras organizaciones.

Ahí estuvo hasta octavo grado, pero a mitad de curso se fueron a vivir nuevamente con su padre y no pudieron acabar el año escolar. Kenneth recuerda que Los Garzones tenía aulas con buenas sillas, dos salas de computación, una gran cancha de arena, una huerta escolar llamada Matoruco, donde les enseñaban muchas cosas sobre el campo, una biblioteca y un laboratorio con instrumentos en muy buen estado, donde realizaban sus prácticas. Incluso, los grados superiores como noveno, décimo y once contaban con salones que tenían aire acondicionado y video beam. Cuando estaban en séptimo grado, cada estudiante recibió una silla nueva y una repisa donde podía dejar su bolso, evitando así tener que llevarlo todos los días, excepto cuando tenían clases asignadas.

En 2019, Kenneth ingresó a la Institución Educativa General Santander, ubicada en el barrio La Granja, donde culminó sus estudios. Esta institución era diferente a Los Garzones: no contaba con laboratorio, había menos salones, no había tantos proyectos educativos, tenía un polideportivo, una pequeña biblioteca que había organizado uno de los docentes de Lengua Castellana, una sala de profesores que cada que llovía se inundaba, sillas en muy mal estado y pisos deteriorados. Además, muchos de los salones se inundaban, debido a las condiciones del cielo raso. Una de las cosas que Kenneth destacaba era la edad de los docentes de esta institución, pues, mientras que en Los Garzones en su mayoría tenían entre 25 y 40 años, en su nueva institución solo había tres docentes menores de 40 años.

En grado once empezó a realizar un curso de Preicfes, tal como lo hacían muchos jóvenes en Colombia, con la esperanza de sacar un puntaje superior a 300 en el ICFES e ingresar a la universidad sin tanta dificultad; sin embargo, el joven obtuvo 286, mientras que su hermana alcanzó 335, lo que le permitió ingresar a la universidad al año siguiente de haber terminado el bachillerato. Kenneth intentó

ingresar tres veces a la Universidad de Córdoba; sin embargo, no pudo. Solo fue hasta el segundo semestre de 2021 que lo logró. Afirma con gran felicidad cómo esto, a pesar de ser difícil por la virtualidad, lo llena de una gran satisfacción, pues desde niño quiso ingresar a la universidad para brindarle un mejor futuro a su papá.

La historia de Kenneth refleja lo que muchos jóvenes monterianos, y colombianos en general, tienen que vivir: decidir si estudiar o trabajar en cualquier oficio que les brinde sustento, ya que no cuentan con apoyo. En muchos de los hogares los padres desean brindarles estudio a sus hijos, pero no cuentan con los recursos económicos para que ellos accedan a la universidad, no tienen la capacidad de sostener tanto su casa como a un joven universitario. Como resultado, muchos jóvenes con mentes brillantes deben centrarse en el trabajo que pueden conseguir, en lugar de seguir sus estudios.

La vida en el campo no es fácil

Por Sebastián Cordero Petro



Oriundo de la vereda la Plaza, cerca de Planeta Rica (Córdoba), Luis Mario Mejía, de 16 años, está profundamente comprometido con salir adelante en sus estudios, pero un camino de herradura hace más complicada la situación.

Su deseo es superarse cada día. Recorrer el camino hacia su escuela le toma una hora y media caminando, en bicicleta cuarenta minutos y en moto media hora. Es de los caminos más difíciles que atraviesa Luis.

Los días en que Luis debe ir a la escuela comienzan a eso de las cuatro y media de la mañana. Tarda en alistarse entre ocho y diez minutos aproximadamente. Mientras tanto, su abuela Blanca le prepara el desayuno y una taza de café, para que se vaya recargado de energía a estudiar. Ya se han hecho las cinco y media. Luis procede a buscar sus útiles escolares y se despide de su abuela. Luego se dirige hacia el camino que le espera.

A escasos metros de su vivienda se encuentra ubicado un arroyo. Cuando llueve muy duro en la zona, el agua del arroyo sube hasta su nivel máximo, obstruyendo el camino, por ello no puede ir a la escuela. Es una de las muchas situaciones que enfrenta Luis en su diario vivir.

Luego de pasar el arroyo, Luis describe el camino con unas simples palabras, “Súper malo”, siendo consciente de que no es nada fácil la vida en el campo mientras se desplaza a cumplir con sus deberes escolares.

A medida que avanzamos, se va complicando cada vez más el camino. Hay tramos muy duros de ascensos, en los cuales quien no tenga buen estado físico podría quedar atrapado a mitad de subida en la montaña.

El mal estado de los caminos por los que Luis transita constantemente se hace evidente a simple vista. Tiene de ellos muchos recuerdos que cuenta mientras avanza. Una vez, por ejemplo, venía del colegio en bicicleta bajando una loma y se estrelló, situación que lo tuvo un mes hospitalizado por los fuertes golpes que recibió y hasta temas paranormales que le sucedieron. Cada vez más nos vamos alejando de ese mal estado del camino y procedemos a entrar en el tramo bueno donde se hace el trayecto más fácil ya que es una calle plana con muchos kilómetros por recorrer.

El mal estado de los caminos por los que Luis transita constantemente se hace evidente a simple vista. Tiene de ellos muchos recuerdos que cuenta mientras avanza. Una vez, por ejemplo, venía del colegio en bicicleta bajando una loma y se estrelló, situación que lo tuvo un mes hospitalizado, por los fuertes golpes que recibió. Incluso vivió experiencias paranormales. Cada vez más nos vamos alejando de ese mal estado del camino y procedemos a entrar en el tramo bueno, donde se hace el trayecto más fácil. Es una calle plana que se extiende por varios kilómetros.



El sol del día comienza a salir, la temperatura aumenta y el cuerpo ya va sintiendo el cansancio del camino, pero falta muy poco para llegar a la escuela. Atravesamos otra vereda llamada Maquencal, un caserío bastante amplio habitado por gente muy cariñosa. Seguidamente, el trayecto nos conduce hacia La Manta, donde se encuentra ubicada la escuela de Luis.



Mientras va caminando a su salón dice: “Mi fuerza para venir a estudiar es mi familia y mi mamá, razón por la cual nunca perdí un año, y por eso ya en este me graduó y ya el otro año me veo en una universidad estudiando Ingeniera Civil, que es lo que me gusta”. Lo dice con una gran sonrisa en su rostro.

Y agrega: “En el salón me apodan de cariño el flaco, por mi contextura física. Me la llevo muy bien con mis docentes, que son excelentes profesionales y de ellos he aprendido muchas cosas positivas que me han servido de buena forma”.

Cuando no está en la escuela, Luis trabaja en el cultivo de frutas y vegetales, y los vende para poder ganarse “algunos pesitos”, como lo describe jocosamente. La vida en el campo es mucho más difícil en comparación con la de la ciudad. “Acá es más complicada porque no se tiene acceso a muchas cosas de forma rápida y es ahí un elemento

fundamental que la hace complicada. Ojalá que las generaciones que siguen no sufran tanto al momento de ir a la escuela como yo lo sufrí, aunque eso no fue un impedimento para poder superarme y poder salir adelante”.

Así termina la mañana de Luis, llena de muchas travesías en su ruta escolar. Un camino nada fácil, pero que vale la pena recorrer. ◦

Urrá: ¿la amenaza mortal del pueblo Embera Katío del Alto Sinú

Por María Fernanda de la Vega Martínez



Al igual que otros pueblos indígenas de Colombia, la comunidad Embera Katío ha estado en peligro de ser exterminada física y culturalmente, por el impacto del conflicto armado en su territorio y por los procesos globalizantes que atropellan su visión. Estos fenómenos, en su mayoría, tienen como trasfondo la explotación de la riqueza de su territorio o su ubicación estratégica.

El Resguardo Emberá Katío del Alto Sinú está ubicado a veinticinco kilómetros de la Central Hidroeléctrica Urrá y hace parte del territorio conocido como Nudo de Paramillo, donde nace el río Sinú. Además, esta zona es reconocida como la tercera cuenca hidrográfica del país y considerada una de las más ricas del mundo en fertilidad, diversidad de ecosistemas y variedad de especies de fauna y flora.

¿Qué le dio origen a la Central Hidroeléctrica Urrá?

El problema de las frecuentes inundaciones, producto de las crecientes del río Sinú en su valle y de las grandes pérdidas materiales que causaban a los agricultores y habitantes de la región, llevó a pensar, a principios de 1940, en la necesidad de regularizar el río para lograr el desarrollo agroindustrial de la región. La construcción de la Central Hidroeléctrica Urrá fue pensada hacia 1942 por miembros de la clase dirigente departamental, pero solo entró en operación comercial cincuenta y ocho años después, el 15 de febrero de 2000. En ese tiempo no solo se produjeron hondas transformaciones en las dinámicas del río y sus ecosistemas aledaños, sino también en sus poblaciones. Muchas de las motivaciones que impulsaron la construcción de esta central hidroeléctrica tienen que ver con el control del caudal del Sinú.

Desde antes de que empezara la construcción de la represa Urrá, la comunidad Embera Katío luchó incansablemente por su territorio. En ese conflicto, los miembros de este pueblo han sido objeto de múltiples violaciones a sus derechos, han visto fuertemente atacada su identidad. Con ello, se ha disminuido la soberanía alimentaria, la simbología de los lugares sagrados y la identidad misma de la etnia.

¿Qué impacto tendría el proyecto hidroeléctrico en la región?

El Plan Maestro de Desarrollo Integral de la Cuenca Hidrográfica, desarrollado entre 1978 y 1980, contempló, entre otros aspectos, un análisis de beneficios, producto de la construcción de la represa y del diagnóstico de sus posibles efectos negativos, especialmente durante la fase de llenado del embalse. Los beneficios identificados por este plan incluían: la eliminación de crecientes que ponían en riesgo a las poblaciones ribereñas y la recuperación de la navegabilidad del río Sinú.

Por otro lado, los impactos negativos de la construcción de la represa contemplaban efectos ambientales como la modificación del régimen de las ciénagas y la posible desaparición del bocachico, un pez de vital importancia para la economía y alimentación de los habitantes de la cuenca.

¿Qué sucedería con la desaparición de los elementos naturales necesarios para la subsistencia de la etnia?



Un grupo humano étnico está construido según su cultura, su cosmovisión y su ethos, pues de allí extrae el conglomerado de significados que le dan su identidad. En el caso de los Embra Katío, pasa por la concepción que tienen del agua, la importancia de su fluidez, así como de la conservación del hábitat de los animales y de ellos mismos. En consecuencia, el sustento de su cultura relacional naturaleza-humano desaparece paulatinamente, pues de las plantas dependen tanto las ceremonias Embra, como las curaciones realizadas por los jaibanás, y de los animales como el pescado depende la soberanía alimentaria de la comunidad.

Sin estos elementos la forma de vivir de los Embra Katío desaparece, por ello con el paso del tiempo está desapareciendo esta comunidad del Alto Sinú. Con el llenado de la represa, se inundó parte del territorio ancestral del pueblo Embra Katío del Alto Sinú, las cosechas se echaron a perder, algunas plantas medicinales desaparecieron, los tambos dejaron de ser hogares (especialmente en Beguidó y Porremia) y las subiendas dejaron de llegar; muchos bocachicos y otros peces, parte fundamental de la dieta de este pueblo, murieron a los pies de la mole de cemento construida por el “hombre blanco”. Todo ello implicó el abandono de la cultura propia del pueblo Embra Katío, en la medida en que se modificaron las formas de producción, lo que forzó a la comunidad a adaptarse a las nuevas condiciones de vida impuestas, completamente diferentes de las propias de su cosmovisión.

Los Katío, entonces, se vieron en la imperiosa necesidad de cambiar su manera de adquirir alimento, pasando de una dinámica productiva de las parcelas, a una dinámica capitalista de intercambio monetario con todas sus consecuencias, como la dependencia del dinero y la necesidad de consumir desenfrenadamente, generando dinámicas de prostitución y vicio. Todo esto surgió como consecuencia de la imposición del modelo de “desarrollo” colonizador, ajeno a la etnia de los Katíos, lo que provocó un desarraigo de sus raíces culturales y del territorio que habitaban.

Finalmente, ¿qué ocurrió con la cultura Embera Katío y cómo se vieron afectadas sus raíces?

El proyecto se presentó como algo relacionado con un “mejor modo de vida”, es decir, con una mejor “calidad” de la salud, la implementación de planchones para facilitar la llegada de los Embera a Tierralta, la entrega de canoas de mayor tamaño y velocidad, y la construcción de casas más amables para la comunidad. No obstante, estas promesas no se cumplieron. Cuando se construyó la presa, los indígenas perdieron la posibilidad de llevar a cabo un comercio benéfico tanto en términos económicos como culturales, pues ya no tenían cómo pagar el transporte. Además, se inundaron las tierras más fértiles de las riberas del Sinú, donde se asientan las comunidades de los Katíos, impidiendo su cultivo y la construcción de tambos, lo cual las desplazó hacia tierras más altas o hacia el casco urbano de Tierralta.

Todo ello obligó a cambiar las costumbres de intercambio y producción agrícola, y de alimentación —proveniente de la caza y la pesca—, lo que aumentó el índice de desnutrición, pues los peces y animales constituían la principal fuente de proteína en la alimentación tradicional. Así, el Embera Katío fue empujado a dinámicas poblacionales y culturales extrañas, propias de la cultura eurocéntrica, como el manejo del escaso dinero proveniente del reducido comercio, la adopción de una lengua distinta y una educación ajena. Es decir, dinámicas adoptadas para lograr encajar en una nueva realidad impuesta por las condiciones de la construcción de Urrá, donde primó el concepto de “desarrollo” occidental, frente al plan de vida del pueblo Embera Katío. ◦

Ayudando a quienes lo necesitan

Por Silvia Fernanda Gómez Espinal



En medio de los huecos y mucho polvo, me dirijo con mi padre hacia Villa Nueva, corregimiento conocido coloquialmente como Babilla, ubicado antes de Los Corrales, en el municipio de Purísima (Córdoba). Casi oculto, alberga aproximadamente ciento cincuenta personas que se dedican principalmente a la pesca, gracias a su estratégica ubicación al borde de la ciénaga.

Su entrada está adornada con un retrato del padre Marianito, el reconocido sacerdote beatificado por la Iglesia católica. Quién habría imaginado que Marianito se encontraría en zonas tan abandonadas como lo es esta comunidad.

Al ir subiendo la cuesta para ingresar al corregimiento, o mejor dicho el trayecto a medias en el que la alcaldía de Purísima invirtió veinte metros de placa huella –los demás quién sabe en manos de quién se

habrán quedado—, nos adentramos en esta pequeña comunidad. Allí, en los últimos cinco años, el Estado ha construido un parque, que vemos a nuestra derecha, y ha empezado a construir una placa huella en la entrada.

El corregimiento también cuenta con una escuela, en la que el cuerpo de docentes está conformado por dos profesoras, que imparten clases hasta cuarto de primaria. La institución fue construida hace más de un par de décadas.

Justo al frente del parque nos encontramos con una iglesia, donada en el año 2012 por Reinaldo Gómez, oriundo de Antioquia y radicado en Lorica hace veinticinco años. “Llegué a la región y vi la necesidad y comencé a ayudar. Puede ser un mensaje de Dios, no sé. Estaba buscando un lugar olvidado para hacerle la capilla a Marianito y ahí lo encontré”, afirma Reinaldo.

Conoció a Villa Nueva hace unos quince años, por motivo de la compra del terreno en donde hoy se encuentra la iglesia y, más adelante, por su labor social de regalar casas a los más necesitados. Hasta la fecha, ya se han construido nueve casas y otras tres están en la fase final de cimentación. En total, han sido doce familias las beneficiadas con viviendas propias. Se entregan con muebles, vajillas, neveras, ventiladores, tanques para sus reservas de agua y un mercado.

Reinaldo selecciona a las familias beneficiarias según las necesidades de cada hogar, priorizando en su mayoría a madres solteras cabeza de familia. “Yo tengo mucho contacto con la gente necesitada. Me conecto mucho con la gente que necesita, entonces ahí los voy escogiendo”, me dice.

Cabe destacar que ninguna de estas obras se realiza con fines políticos ni con algún otro interés particular; es meramente sentido de solidaridad. Mientras recorremos las casas, los niños que viven en ellas se divierten montando en bicicleta, en tanto que las mujeres conversan y esperan a que la ropa se seque. ◦

Zhalemakú: un misionero especial

Por Juliana González Saavedra



Francisco o Zhalemakú, como lo llaman en la comunidad wiwa de la Sierra Nevada de Santa Marta, en 2005 tenía 10 años. Disfrutaba de la naturaleza corriendo, admirando el río y jugando con los demás niños de su comunidad, mientras se movían con el viento sus cabellos largos y vestiduras blancas, que contrastaban con su piel tostada.

Desde muy pequeño había sido criado siguiendo la ley de origen, ciencia tradicional de la sabiduría y del conocimiento ancestral indígena para el manejo de todo lo material y espiritual.

La ley de origen era la única razón espiritual que conocía en ese momento, era el ciclo de vida y sus principios. Así que, cuando una

comunidad religiosa llegó a los pies de la sierra y decidió subirla para llevar al pueblo wiwa el mensaje adventista, la curiosidad lo invadió.

Los primeros meses, los niños, jóvenes y adultos de aquella comunidad religiosa se dedicaron a enseñarle a Zhalemakú lecturas, cantos y juegos que le permitieron conocer el mensaje de un Dios occidental desconocido en su cultura.

Un mundo nuevo se abría ante sus ojos. La posibilidad de jugar y aprender junto a los niños fuera de su comunidad lo motivaba cada sábado a descender la sierra y encontrarse con ese pedazo de mundo que parecía llenar algo en su vida. No específicamente en el ámbito espiritual, pero sí en su profundo anhelo de conocer algo diferente.

Un lugar donde ser

Los meses pasaron. A mediados de 2006, Francisco había encontrado un lugar fuera de la comunidad wiwa donde sentía que realmente pertenecía: la Iglesia adventista. Pronto descubrió a los conquistadores, un grupo de jóvenes civiles, como él les llama, de su mismo rango de edad, quienes, al estilo de los Boy Scouts, asistían a campamentos donde aprendían sobre la naturaleza y sobre un hombre maravilloso a quien llamaban Jesús. Para el agrado de Francisco, los jóvenes pronto empezaron a conformar las filas de sus nuevos amigos de juego, aprendizaje y diversión en los campamentos adventistas en Santa Marta.

Llegó el invierno, la Navidad y un nuevo año: el 2007. Este año le dio la bienvenida a Zhalemakú, quien, a sus 12 años, pasó de una simple curiosidad por aquellas nuevas experiencias que la Iglesia adventista le mostraba a una convicción en su corazón. Descubrió en aquel Dios amoroso, del que tanto hablaban los civiles, la respuesta a ese anhelo que quería saciar, llenando su vacío.

Los primeros tres meses del año la idea rondó por su cabeza, su corazón se llenó de gozo pensando en el día en que formaría parte de aquella comunidad que daba sentido a su anhelo más profundo. Sin embargo, el momento en que el joven manifestó el deseo de bautizarse, las cosas se tornaron más difíciles de lo imaginado.



Las familias de su tribu no podían aceptar que el pequeño Zhalemakú olvidara las enseñanzas de su cultura y se apartara de los principios de la ley de origen. Cada sábado encerraban al niño de vestiduras blancas para evitar que bajara a la sierra y acudiera a la iglesia. Además, durante la semana, era sometido a múltiples castigos y trabajos forzados para que olvidara aquellas ideas que el mundo occidental había traído a su cabeza.

Lo que no sabían es que su búsqueda por el amor de Dios no estaba en su cabeza, sino en su corazón. A finales de marzo, un sábado en el que sigilosamente logró bajar de la Sierra Nevada hasta la comunidad cristiana, compartió su deseo de bautizarse y entregar su corazón a Dios.

Francisco, como era más conocido para los occidentales, fue presentado ante la Iglesia adventista de Guachaca, un pequeño municipio paradisíaco del departamento del Magdalena, donde tenía la esperanza de ser bautizado.

El pequeño subió al púlpito y, ante la comunidad cristiana, le preguntaron sobre sus convicciones y su deseo de bautizarse. Un hombre mucho más alto que él le acercó el micrófono y esperó su respuesta. Francisco, con cierto temor, pero seguro de lo que quería reafirmó su deseo. Acto seguido, el hombre preguntó a la comunidad si consentía que el pequeño fuera parte de ella.

Los pequeños ojos de Francisco observaban a un público inmóvil, expectante y algo intranquilo, que intercambiaba miradas, tal vez de complicidad o solo de curiosidad, ante la respuesta similar de los demás miembros.

Los hermanos de la Iglesia no aprobaban el bautizo de Zhalemakú, el niño indígena, debido al temor que les causaba tener problemas con su comunidad. Zhalemakú sintió cómo las lágrimas inundaban sus ojos, ahora vidriosos, que rogaban por una oportunidad para entregar su corazón, mediante el ritual adventista del bautismo, a ese Dios que había aprendido a amar y aceptar en su vida.

Sus lágrimas no fueron suficientes para convencer a la congregación de bautizarlo en aquel lugar; sin embargo, el pequeño no se rindió. Apiadándose de su noble y pura intención, algunos hermanos de la comunidad decidieron ayudarlo.

El sábado 7 de abril del 2007, Francisco entregó su vida a Jesús por medio del bautismo en una Iglesia adventista ubicada en Santa Marta, la capital del departamento del Magdalena. Desde ese momento, se volvió un joven más entusiasta, sus ansias de aprender aumentaron.

Los meses transcurrieron. Empezó a imaginar nuevas fronteras y metas, una vida diferente. Amaba su cultura, pero sabía que existía mucho más y estaba ansioso de aprender nuevas cosas.

La Institución Zalemaku Sertuga, que había instruido a Francisco durante varios años de su vida y gracias a la cual hablaba un español muy bueno, además de haberle enseñado a leer, no lograba satisfacer sus expectativas.

El 2008 llegó, transcurrió casi por completo. En noviembre, Francisco, ya más grande, estaba hambriento de conocimiento. Hacía más de un año se había bautizado. Crecieron tanto sus ganas de conocer más a Dios, como de aprender en aquella pequeña institución educativa que lo acompañó durante su infancia.



El escape

El día llegaba a su fin. Aquel jueves 27 de noviembre, el día parecía oscurecerse más rápido de lo normal o tal vez era la adrenalina que recorría su cuerpo la que hacía que el tiempo corriera más rápido, apremiándolo y aumentando su ansiedad.

Llevaba días preparando aquel escape. Algunos hermanos de la Iglesia, tras sus peticiones, habían decidido ayudarle para que estudiara en el Colegio Adventista del Atlántico Max Trummer de Barranquilla.

Francisco bajó cuidadosamente la sierra, con el mayor sigilo posible. El frío se metía por su ropa y sentía su corazón latiendo con fuerza. Las estrellas, por suerte, eran la única compañía que el joven tenía a su alrededor. Ellas lo acompañaron hasta el lugar donde, gracias a la ayuda de los hermanos de la Iglesia, se embarcó hacia Barranquilla, en busca de una nueva vida.

Para un niño, la aventura de ir a un nuevo mundo parece más emocionante que preocupante; sin embargo, a la hora de enfrentar la realidad del mundo occidental, Francisco se dio cuenta de que era mucho más grande y difícil de lo que se imaginaba.

Más que un lugar, un hogar

Realmente no había un plan. Francisco vivía de casa en casa, quedándose algunos meses con quienes decidían ayudarlo y darle posada, pero los recursos no eran suficientes. La Iglesia, comprometida a ayudarlo, empezó a pagar la mitad de la matrícula en el Colegio Max Trummer. El joven, por su parte, para saldar la otra mitad, empezó a hacer aseo en la institución. Pero no era suficiente. Por ello, tuvo que vender productos dentro del colegio para pagar los pasajes diarios.

Cada vez era más difícil. Y, si bien amaba estudiar, Francisco consideró, por un tiempo, volver a la Sierra Nevada, donde en realidad todo era mucho más fácil. Pasó otro año. Los meses corrieron. A pesar de que la rectora del colegio le había dicho que encontraría un hogar para él, llegó otro año y no encontró ninguna familia que pudiera darle alojarlo. El 2010 parecía uno año desalentador. Pero, por fortuna, en marzo conoció a la familia que se convertiría en algo más que una posada. Es la familia que lo ha acogido hasta el día de hoy.



La familia Rincón Beltrán adoptó, aunque no legalmente, a Francisco cuanto tenía 14 años, proveyéndole la educación, el apoyo financiero, y el calor de hogar y amor familiar que siempre había necesitado.

Según Francisco, lo más valioso que pudo recibir fue aquel sentimiento de familia y afecto, algo que no se expresa en su comunidad de manera física o verbal. Ahora Francisco tiene 26 años y está a punto

de terminar su tesis universitaria en Ingeniería Química. Además, trabaja en la Radio Mundial Adventista, donde imparte enseñanzas sobre educación a las comunidades indígenas.

Feliz de ser



Contrario a lo que pensaría, Francisco regresó a la comunidad wiwa, donde le dieron todo el apoyo para que siguiera estudiando y aprendiendo, a pesar de sus nuevas creencias. Su madre, específicamente, lo apoya con mucho amor. Siempre creyó en su esfuerzo y rebeldía, convencida de que serían el motor de un gran cambio, tanto en su vida como en la de los demás.

El joven indígena está motivando, enseñándole a muchos otros sobre Dios. Lo más importante, sin embargo, es que está ayudando a preservar las creencias y costumbres de su comunidad. Busca enseñarles a los demás que, independiente de sus creencias religiosas, sus vidas pueden cambiar y que su cultura es valiosa. Igualmente, así como lo vivenció Francisco, pueden conocer a Dios, quien les dará un nuevo comienzo y motivará sus vidas. Esto, por supuesto, no implica olvidar su cultura.

Sin embargo, esto le ha traído algunos problemas a Francisco. El 14 de octubre de 2021 decidió reunirse en Ráquira, Boyacá, con

algunos líderes de la comunidad wiwa, para llegar a un acuerdo sobre la labor misionera que él realizaba en la comunidad, que fue tomada por muchos como perjudicial para la preservación de su cultura. Sin embargo, las cosas se complicaron, por lo cual amarraron y retuvieron a Francisco mientras llegaban a un acuerdo, que finalmente no se dio.



Zhalemakú sigue trabajando para enseñar sobre Dios y, en conjunto con su Escuela Awymtndua, quiere aportar a la comunidad wiwa formándola; próximamente, también brindará educación a otras comunidades indígenas de Colombia. Zhalemakú dice que desea ayudar a preservar su cultura, pero, así mismo, también es consciente de que hay muchas cosas que mejorar, como el matrimonio adolescente y la planeación familiar. Por ello está trabajando, con el objetivo de, en un futuro, ofrecer una mejor educación a las más de setenta y siete etnias colombianas.

El joven está realizando estos proyectos junto a Kualama Seraanekun, una comunidad wiwa cristiana que actualmente busca apoyo económico para reubicar su comunidad en una finca en Cundinamarca, además de la que tienen en la Sierra Nevada. Su deseo es continuar con todos sus proyectos educativos.

Zhalemakú siente que Dios lo escogió para llevar a cabo esa obra misionera, a través de la cual transmite un mensaje de amor y convivencia a quienes lo rodean. Además, aprendió que sus orígenes siempre lo acompañarán, que su cultura es valiosa y es una parte esencial de su ser. No importa qué ropa use, qué tan largo sea su cabello o qué idioma hable, siempre será Francisco, pero también siempre será Zhalemakú.



El viaje al territorio de Bajo Agua

Por Gustavo Guacarí Hernández



Mi reloj marca las ocho y cincuenta y tres de la mañana. El día se presta para ser domado, el clima está calmado, el sol hace de las suyas, pero en un lugar como San Bernardo del Viento una temperatura de treinta y cinco grados es apacible. Sin más, el camino a seguir conduce a un lugar llamado Bajo Agua. Una mente fantasiosa pensó en la Atlántida, pero como solo la búsqueda aportará claridad tomamos rumbo hacia él.

Al principio, sin salir del pueblo y a solo unos metros del Colegio San Francisco de Asís, nos encontramos con una gran cantidad de baches, capaces de atollar o causar accidentes a cualquier vehículo. Por precaución bajamos la velocidad. A las nueve y diez de la mañana, a un kilómetro de distancia, hay tramos de carretera bastante desgastada, casi a punto de convertirse en una vía destapada. Por fortuna, la precaución nos libra de ella, pero aun así no dejan de pasar por mi cabeza los diferentes accidentes que se han presentado en esta carretera. Buenas historias pueden contarse, travesías que, como la que estoy haciendo hoy, al inicio de mi vida adulta, podrían marcar el final. Asimismo, preguntarnos al ver un animal o un niño pequeño:

¿y si pudiera hablar? Así es el sentimiento que tengo, sin lugar a duda, al llegar al territorio de Bajo Agua.

Nos detenemos. Son las nueve y quince de la mañana. No ha pasado mucho tiempo. Por suerte, para que descansen las llantas, encontramos una buena vía, en la que, a diferencia de todo el viaje hasta este punto, se abre ante nosotros una vista completa del río a nuestra izquierda: ¡el río es inmenso! El paisaje lo completan unas plantaciones de plátano y árboles que le dan color al horizonte, el cual llega a mostrarse relajante.



Después de apreciar el entorno unos minutos, continuamos por la carretera. A un kilómetro de distancia se acaba nuestra dicha: ya no apreciamos el río y la carretera está llena de baches. A pocos metros de allí, un letrero a nuestra derecha, algo oculto entre las ramas de las matas de plátano y los árboles, nos indica que hemos llegado a Trementino. La carretera, a medida que avanzamos, empeora. Aunque la señalización indica una velocidad máxima de sesenta kilómetros por hora, la realidad es otra: los baches, que se asemejan a pequeños cráteres, empeoran cada vez más el viaje.

En lo poco del recorrido, en los andenes al frente de la carretera hay puestos de verduras. Uno me llama la atención: es un puesto con techo de palma y mostradores de madera llenos de auyamas, berenjenas, calabazas, ajís criollos, papayas, maracuyás, limones y piñas. Pero, a diferencia de los demás puestos, quien está a cargo de su cuidado es un perro color castaño. Creería que se trata de un barco alemán, perros que, con una mirada seria y directa, pueden llegar a intimidar a cualquier persona.

Entro por la última calle de la carretera. Presuntamente al fondo encontraré lo que estoy buscando. A primera vista, como una cálida bienvenida, vemos un largo camino de agua, es como un pasillo de entrada a Trementino Bajo Agua. Son las nueve y veinticuatro de la mañana. Este camino empieza en la Institución Educativa Trementino. Llegamos a donde termina la carretera pavimentada. La primera casa que vemos es más alta de lo común, hasta el punto de que no toca el suelo o por lo menos no el piso de la casa. Si no fuera por las vigas que tiene en sus esquinas, sería una estupenda casa en el aire.

Me asomo lentamente al patio de la casa, me presento y pregunto si me permiten hablar sobre lo sucedido. Aunque tanto la mujer como el hombre están ocupados, muy amablemente me permiten pasar y sentarme. Ambos siguen enfrascados en su trabajo: la mujer cocinando y el hombre cortando leña. En esta época del año la vida se les complica: viven año tras año un martirio que empieza en julio y que puede llegar incluso hasta abril del año siguiente. Juan Carlos, el dueño de la casa, se siente con las manos atadas, dado que la creciente no trae pescado y debido a la poca cantidad de agua no hay frutos de las siembras, volviéndose imposible llevar alimento a su casa.

A principio de este año se reunieron los miembros de las Juntas de Acción Comunal para buscar una solución o, al menos, una ayuda entre todos; sin embargo, la mala organización de la comunidad impidió lograr el objetivo. El hombre afirma que todo lo que está pasando empezó desde la construcción de la represa Urrá. Ya van más de ocho años de afectaciones, ahora todo a su alrededor está cubierto de agua. El hombre expresa su descontento con la gobernación y alcaldía, entidades que no les han solucionado nada. Considera que, a diferencia de otros municipios afectados por los cambios ambientales, dichas entidades solo enviaron ayuda una única vez: apenas veinticinco paquetes de alimento para ciento cincuenta familias.

Por otro lado, Juan considera que una posible solución a este martirio causado por las crecientes, que afectan a todo el territorio, sería la construcción de una contención de agua, similar a la del Canal del Dique, o incluso un muro alrededor del río.

A partir de este punto, numerosas familias enfrentan el mismo martirio y crisis. Son las nueve y cuarenta y cinco de la mañana. Converso con Carmen Ballesteros, una mujer que tiene un rostro cálido, lleno de cordialidad. Tiene 61 años de edad y es oriunda de Trementino, donde ha vivido toda su vida con su hija Dominga López. Ellas se dedican a la siembra de hortalizas, lo cual se les hace muy difícil en esta época del año, pues, enfatizan, no tienen ningún recurso económico en este momento. Todo el patio y la parte trasera de su casa están llenos de agua para ojos como los míos, pero para ellas está bajo el agua, dado que hay días donde una pequeña lluvia ocasiona que el nivel del agua alcance hasta medio metro dentro de la casa, convirtiendo su día a día en una total agonía. Sus diferentes pertenencias, sobre todo los electrodomésticos, quedan bajo el agua. Como todos sus habitantes, ellas quieren tener un descanso, encontrar una solución. Incluso han considerado una reubicación de su hogar.

El sol empieza a calentar y son las diez y diez de la mañana. Detrás de las casas que visité solo hay hectáreas de siembra que quedaron inundadas, causando múltiples pérdidas a los cultivadores. Antes de irme, observé a un hombre que estaba a más de treinta metros. La cámara no pudo captarlo, pero el agua le llegaba hasta la cintura. Al parecer, intentaba rescatar lo poco o mucho que le dejaba la creciente. Me voy con las piernas mojadas hasta la rodilla y los zapatos empapados, pero con la satisfacción de que conocí el territorio Bajo de Agua y sus habitantes. Es un corregimiento muy lindo y particular, dedicado a la siembra de verduras, que está pasando por malos momentos. Aun así, siempre puede llegar a ser un buen punto de encuentro para quienes sienten curiosidad por lo verde y lo azul.



Álvaro: amor sin condiciones

Por Andrea Carolina Hoyos Caro



En la ciudad de Montería, específicamente en la invasión de Calle Larga, vive Álvaro Bedoya, un hombre con un gran corazón. Da su vida y comparte su techo con catorce perros y seis gatos. Trabaja como reciclador y todas sus ganancias económicas las dona a estos animales. Sin embargo, la vida de Álvaro no ha sido color de rosa.

El 15 de octubre de 1990 la vida de Álvaro Bedoya cambió completamente, ya que por circunstancias de la vida fue abandonado por sus padres y dado en adopción. A la edad de 15 años estaba internado en un orfanato de niños católicos. Su estadía allí, como él la menciona, aunque fue corta, “marcó lo que sería de ahí en adelante su vida”. A los 16 años decide escaparse del orfanato, “Yo sentía que ese no era mi ambiente, que estaba hecho para conocer muchas cosas, ayudar al mundo, en ese hueco no iba a poder ayudar a nadie”. Ese era su pensamiento hace más de veinte años, y hoy lo mantiene, sintiéndose orgulloso de haberlo tenido en su momento.

Sin embargo, más allá de aquel pensamiento hay una gran historia. Álvaro Bedoya se escapó de su único hogar, el orfanato, teniendo en cuenta todos los riesgos que se le venían en su vida siendo un adolescente, pues tomaba decisiones con cabeza fría. Decisiones que lo llevaron a seguir su pasión: ayudar y cuidar a los animales, en especial a los perros y gatos. Pasión que lo motivó a empezar a viajar sin rumbo alguno por todas las ciudades de Colombia. Inició recorriendo municipios aledaños y cercanos a Medellín, como Envigado, San Rafael, Támesis, Santa Fe de Antioquia y muchos más, que, como menciona, “son pueblitos llenos de vida y mucho por turistar”.

A estos pueblos no iba simplemente de visita. En cada pueblo ayudaba a los perros de la calle e intentaba darles una buena vida durante su estadía. Continúo viajando. En total, llegó a recorrer quince departamentos de Colombia, y en uno de ellos lo cautivó la gente y la tierra. Fue Córdoba, más concretamente la ciudad de Montería. En palabras de Álvaro, Montería es esa “alma de un pueblo metida en el cuerpo de una hermosa ciudad”. El paisa se enamoró de Montería.

Hace veinte años vive del reciclaje en la Perla del Sinú. En las noches cuida motos y carros en los bares de la zona rosa de Montería. Con las ganancias que obtiene cuida a los animales que recoge en la calle.

Gracias a su gran corazón y a las labores que realiza sin buscar beneficio alguno, hoy la ciudad de la que se enamoró le extiende su mano. Su bondad cautivó a muchas personas, quienes hoy lo poyan para que pueda tener un hogar para él y crear un refugio para sus animalitos. Con lágrimas en sus ojos, Álvaro dice que se siente feliz y bendecido porque encontró esta ayuda. Sin duda, refleja el altruismo que deberíamos cultivar como sociedad. ◦

Un sueño musical: Ben3detti

Por Valeria Jiménez Bedoya



La mañana del 20 de octubre del 2021, Juan David Alzamora Marrugo, más conocido como Ben3detti, recuerda, desde el estudio musical donde trabaja, King Réconds, cómo inició su carrera musical. Ha hecho parte de proyectos musicales a nivel nacional e internacional. Dice con felicidad que su pasión por la música no es de ahora, es de toda la vida.

Pasión

Este joven inspirador nació en el Corralito de Piedra el 21 de enero de 1994. Su pasión por la música comenzó a sus 3 años. Recuerda riendo cómo buscaba en las calles de su barrio la forma de aprender a tocar instrumentos musicales y escribir prosa. “No recuerdo el día en el que no estuviera aprendiendo algo nuevo de música. Si no era un instrumento, era el otro, y si no lo había, me lo inventaba para aprender”. A sus 7 años ya sabía tocar el piano como un profesional. A los 9 tocaba batería y a los 12 guitarra.

Sin embargo, sus intereses siempre se inclinaban hacia los instrumentos, no hacia el canto. Pero eso cambió. El día de su cumpleaños número trece decidió, junto a varios amigos, crear una banda de rock. Las edades de sus colegas se encontraban dentro del mismo rango: 12, 13 y 14 años. Sin mucha experiencia, pero con ganas de explotar sus talentos, siguió creando bandas de rock con sus vecinos y amigos más cercanos mientras aún estudiaba en el colegio. Daban conciertos gratuitos en los cumpleaños de otros niños, de este modo iban mostrando su talento.

Fue así como Juan David siguió sus sueños y entró a la universidad. Allí empezó a estudiar música, su pasión. Con sus ojos llorosos, recuerda cómo en la universidad se destacaba por sus logros académicos en la parte práctica de la carrera. Puede decirse que no pasaba un día sin que el pasillo de su universidad se llenara de su melodiosa voz, alegrando el día y el entorno de sus compañeros.

La perseverancia

“Llegar a una productora musical no es fácil”, afirma Juan David. Se trata de la perseverancia. “Si tú crees en ti, puedes llegar a lograr muchas cosas”, dice mientras cruza las manos, recordando su camino.

Luego de salir de la universidad, empezó a cantar en bares, discotecas y en los eventos que había en su comunidad. Poco a poco se fue convirtiendo en una figura pública, por ello debía buscar un nombre artístico. Juan David no le sonaba muy convincente para un cantante de música urbana. Así que probó con Ben3detti.

¿Ben3detti?

Su nombre artístico proviene del apellido de su abuela materna, con quien compartió momentos musicales muy especiales. Fue su forma de rendirle un homenaje. Su colega Kevin Roldan lo ayudó a elegir el nombre.



La popularidad de Ben3detti surgió gracias al reconocido productor musical Sensei, quien, al descubrir su trabajo musical, lo llamó un día y decidió integrarlo a su productora en Medellín, ciudad donde se encuentra radicado actualmente.

Por ahora, Ben3detti hace parte de la productora musical King Récords, que cuenta con cantantes de talla internacional, algo que comenta con mucha emoción. Aunque se siente muy feliz por los logros alcanzados, Ben3detti considera que esto es solo el comienzo y que sus metas van más allá de lo que ha logrado hasta ahora en su carrera musical. Probablemente escuchemos a Ben3detti en nuevos proyectos musicales, siendo un claro ejemplo de lo que significa seguir adelante con nuestros sueños, en su caso, la música. ◦

Crónica de un robo anunciado

Por Isabel Julieth León Jiménez



Las dos personas cumplieron con lo acordado y empezaron a trabajar junto al sacerdote de la parroquia Inmaculada Concepción de María, ubicada en el corregimiento Los Garzones, que hoy es un barrio de Montería, pero mucho más extenso que esta.

A las ocho de la mañana, los albañiles Huberto León y Armando Rodríguez vieron entrar por la segunda puerta de la parroquia, ubicada a la derecha y que da hacia la vía principal de Los Garzones, al joven que sería protagonista de los hechos. Para proteger al joven, que era menor de edad en el momento del suceso, y a petición del párroco Félix Ortiz, el encargado de la parroquia en el momento de lo sucedido, llamaremos Esteban al implicado.

Esteban, que en ese momento tenía alrededor de 14 años, entró con una organeta en la mano, guardada en su estuche característico. Tras saludar con un “buenos días”, subió al altar para luego instalarse en el despacho de la iglesia, donde cerró la puerta que conecta con el vestidor. En este lugar, minutos antes de iniciar la eucaristía, el sacerdote y los acólitos se colocan las albas y salen al encuentro de los feligreses.

Los trabajadores continuaron con su labor, suponiendo que Esteban se dispondría a ensayar los cantos para animar la celebración de la eucaristía, tal como lo hacían otras personas que habitualmente prestaban este servicio a la parroquia. Esteban lo hacía desde 2015. Debido a los trabajos que se adelantaban en las instalaciones principales de la parroquia, los voluntarios buscaban un lugar donde el ruido no interfiriera con su actividad.

Minutos después, los trabajadores creyeron escuchar un ruido, como cuando golpean algo, pero no se dieron a la tarea de buscar de dónde provenía, ya que la iglesia estaba rodeada de casas y había mucho movimiento. En varias ocasiones, también hacían arreglos en esas casas, por lo cual era normal escuchar uno que otro ruido.

“Creo que donde nos hubiésemos asomado a ver qué pasaba lo habríamos cogido con las manos en la masa y se hubiese ahorrado mucho de lo que sucedió”, dijo Huberto en una oportunidad.

Los trabajadores continuaron con su labor, sin imaginar que, tres días después, el origen de aquel ruido revelaría algo tan grave.

El párroco de la iglesia realizó un viaje a Bogotá con fines eclesiásticos. Cuando volvió, buscó un portafolio en el que guardaba documentos personales y parte del dinero recaudado una semana antes en la Feria de San Isidro —una actividad anual celebrada a fin de año— para remodelar la infraestructura de la parroquia y realizar varios arreglos. La cantidad robada ascendía a doce millones de pesos.

Al localizar el portafolio, se encontró con la sorpresa de que había sido forzado en un intento por descifrar el código que lo abría. Al abrirlo, la sorpresa fue doble: el dinero había desaparecido y varios

documentos personales estaban dañados. Esto ocurrió en septiembre de 2017.

El sacerdote Félix Ortiz llegó a la casa de Carmen en su bicicleta, en horas de la noche, visiblemente ofuscado y vestido con ropa deportiva: una pantaloneta y una camisilla blanca. Escupía con frecuencia de la rabia. Sacó su celular del bolso y, mostrándole las fotos del portafolio, empezó a interrogar a Carmen: “¿sabes qué herramienta habrán usado para abrir el portafolio?”.

Las respuestas no tardaron en llegar, ya que Carmen sabía que, en este caso, el padre tenía derecho a preguntar a cualquiera que hubiese estado en el lugar sobre los hechos ocurridos en las últimas horas. Ella justamente había trabajado ese día en la parroquia, encargándose de asear el cuarto del sacerdote, lavar su ropa y plancharla.

La mujer le comentó al sacerdote que, mientras realizaba la limpieza de la habitación, utilizó un cuchillo en forma de hacha para arrancar la parafina que caía al suelo cuando se iba el fluido eléctrico y lo dejó en su lugar habitual: sobre la repisa situada arriba de la cabecera de la cama. Posiblemente este cuchillo había sido utilizado para forzar el portafolio.

El sacerdote le comentó sus sospechas sobre su secretario, Miguel Espitia, quien, por esa razón, también había estado en la parroquia esa mañana. Además, pensaba que este tenía un cómplice.

Al día siguiente, el padre se reunió con los sospechosos: el secretario, un acólito a quien habían acusado meses antes de robo también, la empleada de servicio y Esteban.

El cura ya había hablado con Miguel y lo había interrogado. Luego, habló con los cuatro y le pidió hablar a quien fuese el culpable, para no alargar el proceso con la Fiscalía. Los presionó, diciéndoles que ya había puesto la denuncia y que les daría una semana para confesar.

Ese día, por la tarde, llegó un cerrajero a cambiar las cerraduras de las puertas que conectaban la iglesia con el vestíbulo y el despacho, y que daban acceso a este. Se dio cuenta de que las puertas habían sido forzadas. Lo extraño fue que, en la mañana, nada de aquello estaba allí,

pues el sacerdote había revisado y asegurado las puertas por temor. Esto indicaba que quien lo había hecho estaba dentro de los sospechosos y que todo había sido premeditado.

Los días pasaron y nada cambió. El sacerdote decidió entonces acudir a las autoridades competentes y presentar la denuncia. Por recomendación del personal encargado, un día antes de salir, esparció talco por toda la habitación: quizá el ladrón pensaba borrar sus huellas o volver a entrar. Y así fue: el susodicho entró y las huellas de sus pies descalzos quedaron plasmadas en el piso, como si se tratara del registro de un recién nacido.

Desgraciadamente, quien había tenido la osadía de cometer aquel acto era la misma persona que envenenaba al sacerdote contra otras personas que colaboraban con la iglesia. Una de ellas era menor de edad cuando lo sucedido, por eso la llamaremos acá María. El padre la interrogó y comparó la huella dejada con su pie. Pero, para su sorpresa, aquella huella pertenecía a alguien alto, con una talla aproximada de cuarenta y cuatro. María, en cambio, no media ni un metro con sesenta de estatura y calzaba, como mucho, treinta y seis. Así mismo hicieron con los demás acusados.

Fue tal la presión que tuvieron las acusaciones y los rumores, que Miguel, su secretario, renunció y estuvo a punto de quitarse la vida. Esto no le importó al verdadero culpable, quien sagazmente se rio al enterarse de que estaban acusando a alguien más.

Pero la justicia llegaría. Un día antes de que apareciera el culpable, el padre Félix les advirtió que el lunes de la semana que entraba irían a declarar a la Fiscalía, lo que provocó aún más preocupación en los sospechosos principales. Esteban se puso pálido como una hoja de papel, a pesar de ser bastante moreno. Dijo sentirse mal del estómago y se marchó.

Esto confirmaba las sospechas, en especial las de Carmen, quien, al día siguiente, un jueves, después de la celebración de la eucaristía y la Hora Santa, decidió decir una “mentira piadosa” a Fredy, un acólito que era parte de los sospechosos y, según el padre, también estaba vinculado a robos anteriores. La duda del padre sobre Fredy

había sido sembrada por Esteban, quien, además de ser su ahijado de confirmación le había contado que vio a Fredy sacar dinero de las ofrendas. Aun así, el sacerdote recibía comentarios frecuentes sobre las andanzas de su ahijado, sus constantes cambios de celular, uno más costoso que el otro. Para todos, él era el principal sospechoso, no para el sacerdote, pues lo consideraba de confianza, casi como un hijo.

La mentira podría funcionar, ya que Esteban también había acolitado ese día y se encontraban los tres en el vestíbulo. La trampa de Carmen consistió en decir que el padre ya sabía quién era el culpable, pues tenía una cámara en su habitación y todo había quedado grabado, pero que, si la persona no se declaraba culpable pronto, la iba a exponer ante la comunidad un domingo después de la celebración de la eucaristía.

Una vez dicha la mentira, el rostro de Esteban volvió a empalidecer. Cuando la persona que hablaba con el sacerdote en el despacho salió, él entró y cerró la puerta. Se sentó frente al sacerdote y confesó todo. Afirmó que era el único responsable y que no había tenido cómplices. Además, dio detalles de lo que había hecho con el dinero: compró un computador portátil, un nuevo teléfono celular, un televisor pantalla plana, una organeta, celebró sus 15 años por lo alto, viajó a Bogotá, compró ropa, entre otras excentricidades. Lo dijo así, tal cual, ya que su madre era desempleada y su padre albañil, lo que no les daba para cubrir tales gastos.

Cuando los padres de Esteban se presentaron ante la Fiscalía y fueron interrogados, su madre dijo que ella y su esposo le daban dinero a su hijo para estos gastos y que no estaba enterada de lo sucedido. Esto quedó totalmente desmentido después de realizar las investigaciones, tomar los testimonios de los demás acusados y escuchar la declaración del menor.

Con la Fiscalía llegaron a un acuerdo: pagar doscientos mil pesos mensuales, devolver lo que Esteban había comprado y empeñarlo para cancelar parte de la deuda. Además, el dinero perdido meses antes también había sido robado por Esteban, por ello cambió de celular con frecuencia y compró ropa nueva. De esta forma, el monto total que pagaron fue de quince millones de pesos.

Como los padres eran los responsables del menor, pagaron el dinero acordado durante ocho meses. Luego cambiaron de parroquia al sacerdote Félix, quien ya había cumplido los cuatro años en el cargo. Así, puso al tanto de lo sucedido al nuevo sacerdote, quien llevaría el caso. Sin embargo, este padre no quiso involucrarse y, en lugar de eso, premió al joven permitiéndole volver a cantar en las celebraciones de las eucaristías y a ser acólito. Incluso se hicieron allegados. Meses después, este sacerdote abandonó su labor, dejando otro vacío económico. Sí, otro robo, pues no dio cuenta del dinero que había dejado el padre Félix durante su administración. Se marchó de un día para otro, llevándose consigo parte de los dineros recaudados por la comunidad en actividades y dejando deudas con feligreses generosos, con la excusa de que el dinero era para pagarles a los trabajadores de la iglesia, cosa que tampoco hizo.

En octubre de 2021 se cerró el proceso, porque el sacerdote en ese momento tampoco quiso seguir con el caso y siguió la misma actitud del anterior: una hermandad con Esteban. Esto, en principio, indignó a la comunidad, que ya se había acostumbrado a los fraudes y que ahora solo espera el castigo correspondiente de la justicia divina por un sacrilegio como ese. ◦

Una labor social de la Universidad Pontificia Bolivariana (UPB)

Por Cristian David Llorente Espitia



A las nueve de la mañana de aquel 14 de octubre de 2021 el estudiante de periodismo Cristian Llorente se preguntó: “¿será que aún hay personas que les gusta ayudar en un país con la tasa de desempleo alta y tras de eso tercermundista?”.

“En mi cabeza rondaba la idea de conocer más sobre lo que hace la universidad. Sabemos que es un lugar donde se forman los profesionales del mañana, pero debe haber algo más que solo estudiar”, pensaba mientras caminaba al paradero de motos en el barrio P5 de la ciudad.

Dentro de los valores de la Universidad Pontificia Bolivariana (UPB) se encuentra el compromiso social con la comunidad. Por eso, hace más de seis años, la institución asumió la dirección del Centro Social

Marie Poussepin, una entidad sin ánimo de lucro, dedicada exclusivamente al servicio comunitario.

El objetivo es generar un impacto positivo por medio de la sostenibilidad, la cultura y otros proyectos sociales. En este espacio se prestan servicios de psicología a toda persona que lo solicite, con el fin de brindar una mejor calidad de vida.

El Centro Social Marie Poussepin lleva este nombre en honor a la beata Marie Poussepin, fundadora de la Congregación de las Hermanas de la Caridad Dominicanas de la Presentación. El centro también capacita y ofrece servicios a las poblaciones más vulnerables, principalmente en las zonas aledañas del campus universitario de la seccional Montería, a fin de mejorar su calidad de vida.

Programas

Asesoría jurídica: brinda orientación en los conflictos jurídicos que se les presenten a los habitantes de la Comuna 9 y sus alrededores.



Programa Mi Llave: ofrece a los habitantes de la Comuna 9 y del departamento de Córdoba, que se encuentran en situación de vulnerabilidad, capacitaciones en el manejo de las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC), con el fin de hacer estos conocimientos productivos.

Programa Voluntariado: está conformado por miembros de la comunidad universitaria, quienes, de manera espontánea e impulsados por la solidaridad y el altruismo, donan su tiempo para ofrecer servicios y capacitaciones a las comunidades aledañas a la universidad y al departamento en general, que se encuentran en situaciones de desigualdad, vulnerabilidad y problemas sociales.



Programa Serecitos: contribuye con el bienestar y desarrollo de los niños y las niñas de los barrios aledaños a la universidad, quienes están en inminente peligro de ser reclutados por las bandas delincuenciales que abundan en las ciudades, sobre todo en estos barrios marginales, donde están expuestos a proxenetes y a caer en la drogadicción.

Programa Formando Sociedad: se brinda capacitación en diferentes artes o manualidades a los habitantes de la Comuna 9 de la ciudad de Montería y zonas aledañas.

Durante la pandemia por Covid-19 y pensando en el cuidado de sus miembros, el Centro Social Marie Poussepin suspendió sus servicios de manera presencial durante el año 2020. En octubre de 2021 abrió de nuevo sus puertas para continuar trabajando con la sociedad.

En Marie Poussepin se cuenta con alianzas con el Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA) y con la Franquicia Social Poeta (FSP). No obstante, ninguna entidad gubernamental (alcaldía o gobernación) hace parte de esta labor. El SENA y la FSP ofrecen cursos de peluquería, panadería, etc.

No todos los cursos que se ofrecen al público cuentan con certificación. Los estudiantes y egresados de la UPB son quienes integran el voluntariado y dictan los talleres. La mayoría es estudiante del programa de Psicología. No olvidemos mencionar que todos los servicios que se ofrecen en el Centro Social Marie Poussepin son gratuitos. ◦

¡Una historia por contar! A la sobra del comercio informal

Por María Margarita Lora Nova



Después de trabajar durante veinte años en las calles de Montería vendiendo calzado para suplir sus necesidades y las de su familia, Deiva Benítez fue escogida junto con más de doscientos vendedores informales, quienes fueron reubicados en este centro comercial a cielo abierto, ubicado entre las calles 32 y 33 del centro de la ciudad. “Hoy estos vendedores tienen un lugar digno dónde poder seguir trabajando, dónde poder seguir manteniendo y sacando adelante a sus familias. Dignificando su labor en un espacio que se merecían hace muchos años y que desde luego le va a dar mayor acceso y comodidad al cliente”, indicó el exalcalde de Montería, Marcos Daniel Pineda. Esta obra hace parte del proyecto de transformación urbanística Vive el Centro y requirió una inversión superior a los seis mil setecientos millones de pesos.

Cerca de cumplir dos años en este pasaje cultural, Deiva recuerda con nostalgia esos días en los que le llegaba más clientela a su pequeño establecimiento. Y, aunque ahora se encuentra en un lugar más organizado y amplio, no se compara con esos días en los que llegaba a su casa con el dinero suficiente para ayudar a sus dos hijos.

Deiva confirma que, aunque la alcaldía la reubicó en un sitio nuevo, sigue siendo parte del comercio informal, puesto que con la llegada de la pandemia no le han cobrado la administración.

Según Deiva, el lugar no cuenta con ningún tipo de publicidad, lo que hace que sean pocas las personas que ingresan al pasaje a adquirir productos, por ello las ventas han bajado drásticamente. El establecimiento de Deiva hace parte de los ciento ochenta y seis locales que se encuentran en este centro informal.

“Estamos, como quien dice, olvidados de la alcaldía”, comenta Deiva mientras se empeña en llamar al señor de los tintos, quien reparte tinto y agua de panela en cada local por el que pasa. Luego de tomarse el tintico de las cinco de la tarde, Deiva recoge los zapatos y los coloca estratégicamente en la parte delantera de su local para llamar la atención. Los va metiendo en su respectiva caja, mientras de fondo se escuchan algunas esteras golpear el piso, un sonido que alerta a los trabajadores informales, pues el día de trabajo está llegando a su fin.

A las cinco y cincuenta de la tarde Deiva ya se propone bajar la estera. Luis siempre le ayuda a bajarla, porque es más alto y llega hasta arriba. Poniendo los candados y agarrando su bolso con las llaves, Deiva agradece haber tenido otro día más de trabajo. A eso de las seis y diez de la tarde, ya camina hacia la Cuarta para esperar la MetroSinu, concluyendo su día con dos pares de zapatos vendidos (uno colegial y otro deportivo), cinco cotizaciones y un abono de su prima a unos tenis que compró a crédito.

A Deiva le gusta mirar por la ventanilla del bus y pensar que al día siguiente las ventas aumentarán. ◦

¡Y me salvé dos veces!

Por Joscelyn Morelos Serna



Era la mañana del 13 de febrero del 2020 y el reloj marcaba las nueve en punto. Óscar Jhovany Olivares Blanquiceth se encontraba junto con su tío en las aguas de Caño Grande, cerca de Boca Tinajones, en San Bernardo del Viento. Era un domingo muy soleado, el lugar estaba solo y tranquilo. Los dos hombres ya estaban a punto de sumergirse en el agua con los arpones de pesca.

El tío y compañero de pesca de Óscar fue el primero en sumergirse. Se encontraba a unos cien metros de profundidad. Luego se sumergió

Óscar, pero, aún sin alcanzar esa profundidad, sucedió lo inesperado. “Un caimán me agarró el pie”, dijo. Cuando miró hacia atrás y vio al caimán soltó el arpón, procurando salir rápido del agua. Se trepó en las raíces que sobresalían de los árboles del mangle, en la “ñanga”, cómo le llaman los pescadores.

Óscar continúa rememorando el suceso. Dice: “Empecé a moverle los ojos y me soltó, cuando vi que me soltó lo empujé y traté de brincar más arriba de la raíz”. Pero el animal tenía mucha furia, tomó impulso y le agarró la pierna derecha. Apoderado de la pierna del pescador, trataba de dar vueltas para poder llevarlo de vuelta al agua y devorarlo, así es como los caimanes halan a sus presas de forma más rápida.

“Mi tío estaba todavía bajo agua. Yo gritaba pidiendo ayuda, no había nadie por ahí”, dice Óscar Olivares. Sin embargo, el tío salió del agua a tomar aire y se dio cuenta de lo que estaba pasando. Inmediatamente se dispuso a ayudar a su sobrino. Cuando estaba a unos diez metros de alcanzarlo, el caimán lo soltó. Luego, en vez de acercarse a Óscar, se fue en busca del caimán para herirlo con el arpón. “Yo le decía a mi tío que no, que lo dejara quieto, porque ese caimán estaba bravo, que me ayudara que ya yo me sentía muy débil”, dice Olivares.

Flotando sobre el agua y parando la cola el caimán mostró su enojo. Sin embargo, Óscar y su tío decidieron emprender una batalla en contra del animal, para evitar que agrediera a otro pescador. “De pronto era que tenía a sus huevos cerca y los estaba cuidando, se ponen bravos cuando hay alguien cerca”, argumentó el pescador.

Su tío, al ver qué Óscar seguía perdiendo sangre, buscó la canoa para auxiliarlo. Por la zona iba pasando una lancha que venía de San Bernardo del Viento y se dirigía hacia San Antero. Ahí subieron al pescador herido, para que pudiera recibir ayuda médica lo más rápido posible. Finalmente, llegó al centro de salud del municipio de San Antero con dos heridas en su pierna derecha, una bajo la nalga –la herida más profunda– y otra en el cuádriceps. Fue atendido a las diez y cuarenta y tres de la mañana por Ángela Morelo, enfermera de turno en el servicio de Urgencias de la ESE CAMU Iris López Durán.

Soy el pescador de Dios

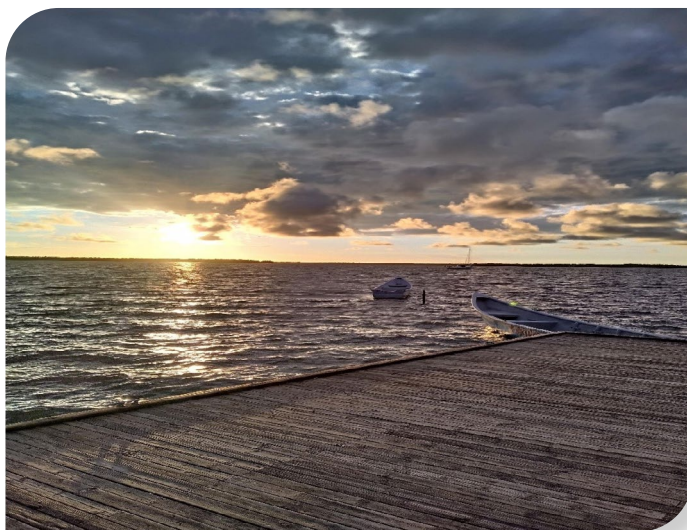
Óscar Jhovany Olivares Blanquiceth, pescador sananterano de 30 años, cuenta con una amplia experiencia en el manejo de animales como el caimán, lo que le permitió afrontar la situación más traumática que ha vivido. Es el líder de un hogar conformado por su esposa y dos hijos. Vive en uno de los barrios más antiguos del municipio, donde también viven otros pescadores y vendedores de ostras.



“Casi muerto”

Llegó el 2021 y con él una nueva historia. En mayo, el mismo pescador salió con su compañero fiel, su tío, a quien en San Antero llaman cariñosamente El Gordo. Esta vez se fueron a la Boca de la Ciénega, en el municipio de Coveñas, con sus arpones, la mejor compañía del pescador. A las diez de la noche empezaron a pescar. Ya se encontraban sumergidos a una profundidad considerable. Decidieron separarse como estrategia para agarrar más peces. Óscar perseguía un pargo rojo. De repente quedó inconsciente, tendido boca abajo y con la linterna encendida en la mano. Óscar Jhovany relata su peculiar e interesante historia: “Gracias a la linterna fue que me encontró mi tío, no me acuerdo de nada. Cuando desperté, estaba en el hospital, amarrado de manos y pies”.

Relatos como este solo pueden encontrarse en los bellos pueblos del Bajo Sinú, donde la belleza de su gente y la imponente naturaleza se conjugan para crear experiencias únicas, aunque sorprendentes, como la de Óscar Jhovany Olivares Blanquiceth. ◦



Puerto escondido y su odisea con la vía

Por María Camila Narváez Hernández



Desde hace tiempo, los habitantes del municipio de Puerto Escondido han expresado su preocupación por el mal estado de la vía que conecta la localidad con la carretera principal Montería-Arbolete. Esta situación ha generado inconvenientes que afectan la movilidad de los residentes y de los visitantes, teniendo en cuenta que Puerto Escondido es un destino turístico del departamento de Córdoba.

Anteriormente, la vía secundaria del municipio no estaba pavimentada, solo tenía una capa de balastro que era lo único que permitía el mantenimiento de la carretera. Esto fue lo que dijo al respecto uno de los transeúntes: “Era totalmente intransitable en tiempos de invierno, por la cantidad de huecos, ya que la vía se convertía en una trocha y los vehículos tenían muchas dificultades para transitar, perjudicando al turismo y otros productos que son relevantes para el desarrollo del municipio”.

2005

A finales del primer mandato de Álvaro Uribe Vélez se ejecutó el Plan 2500, que buscaba la construcción de 2.500 kilómetros repartidos en diferentes zonas del país, otorgando 116,3 kilómetros al departamento de Córdoba, donde, a finales del año 2005, se hizo la primera pavimentación, beneficiando a Puerto Escondido con 18 kilómetros, los cuales se tenían proyectados desde El Tigre, en la Apartada, hasta la cabecera municipal.

2006 - 2007

La pavimentación culminó en 2007, pero rápidamente surgieron quejas debido al tiempo que tomó la mala calidad del trabajo. La vía empezó a deteriorarse muy rápido, en vista de que el asfalto resultó ser muy delgado, lo cual generó la aparición de numerosos huecos. Además, la obra no se completó hasta el tramo acordado. Las siguientes son algunas declaraciones de personas que transitaban por la carretera en aquel entonces: “Estaba bien demorado, horrible, a veces teníamos que bajarnos de los carros en invierno”; “Mientras construían un tramo el otro estaba dañado”; “Un desastre total”.

2007 - 2018

En el transcurso de estos años el estado de la vía empeoró, provocando quejas entre los transeúntes, debido a que era muy incómodo transitarla por la cantidad de huecos. Para las personas que debían salir del municipio por esa ruta, el trayecto se convirtió en toda una odisea. Conducir por la vía resultaba muy tedioso y peligroso, lo que llevó a los habitantes cercanos a rellenar los huecos con piedras. Sin embargo, esta solución era temporal y no lograba solucionar el problema de fondo.

Esta es declaración de un conductor: “Después de la pavimentación de la vía, muchos abrigamos la esperanza de que en Puerto Escondido mejoraran las cosas con relación al transporte, pero nos encontramos con la penosa sorpresa de que fue peor la medicina que la enfermedad, porque empezaron a abrirse cráteres en toda la vía y los carros sufrían muchos desajustes mecánicos, propiciando accidentalidad”.

2017 - 2021



En 2017, la gobernación construyó el primer tramo de la vía, que consta de 10,6 km e incluye diversas obras de infraestructura; sin embargo, no se ha culminado. En 2018, se gestionó el contrato para el segundo tramo, de 7,4 kilómetros, con la intención de extender la pavimentación hasta la cabecera municipal, un objetivo que había sido planteado en la primera fase pero no se ejecutó. La construcción de este segundo tramo se inició el 9 de octubre de 2018 y, hasta 2021, ambos seguían en proceso.

Contrato actual de la obra

CONTRATO DE OBRA No.:	780-2018
OBJETO:	"RESEALAMIENTO DE VÍA ENTRE LOS MUNICIPIOS DE PUERTO ESCONDIDO Y MONTERÍA, DEL DEPARTAMENTO DE CORDOBA, CONSORCIO MLCORRENTAMIENTO VIAL 2018 NT: 501.198.496-3 R. L. LUIS ALFREDO COMBATT PATERNINA C.C. 7.384.567 expedida en San Pelayo (Córdoba) CONSORCIO TIERREVAL DE CORDOBA 2019 NT: 501.207.565-8 R. L. GARA GARCIA SANCHEZ C.C. 1.007.892.034 de Montería (Córdoba) TRINCE "MIL VEINTISEIS" MILLONES QUINIENTOS DIEZ MIL QUINIENTOS CINCUENTA Y TRES PESOS MCTE (\$13.026.810.553.000) CPO: 104 y 1127 de fecha 13 de abril de 2018 RP: 2384 y 2385 de fecha 21 de septiembre de 2018 CPO SGR: 118 de fecha 27 de abril de 2018 RP: fecha 2318 de fecha 24 de septiembre de 2018
CONTRATISTA:	
CONTRATISTA DE INTERVENORIA	
VALOR INICIAL DEL CONTRATO:	
FECHA ADICIÓN No. 1 (Valor Adicional/ recursos propios)	28 DE AGOSTO 2020 Mil ochocientos y ocho millones ochocientos veintiseis mil ochocientos treinta y dos pesos Mil. (\$1.028.823.832) COP. No. 969 de 27 de agosto de 2020. RP: 2385 de 1 de septiembre de 2020.
VALOR TOTAL DEL CONTRATO: (Valor inicial + Adicional No. 1)	Catorce mil ochenta y cinco millones trescientos treinta y cuatro mil quinientos ochenta y cinco pesos Mcts. (\$14.055.334.385)
PLAZO INICIAL DEL CONTRATO:	NOVENO (09) MESES
FECHA DE ACTA DE INICIO:	09 DE OCTUBRE DE 2018
PRÓRROGA No. 1:	10 DE JUNIO DEL 2019 CINCO (5) MESES
PRÓRROGA No. 2:	06 DE DICIEMBRE DE 2019 TRES (3) MESES
FECHA DE ACTA DE SUSPENSIÓN N.1:	27 DE DICIEMBRE DE 2019
FECHA DE LA PRÓRROGA No. 1 AL ACTA DE SUSPENSIÓN DE OBRA No. 1:	07 DE ENERO DE 2020
FECHA DE LA PRÓRROGA No. 2 AL ACTA DE SUSPENSIÓN DE OBRA No. 1:	25 DE MARZO DEL AÑO 2020
FECHA DE LA PRÓRROGA No. 3 AL ACTA DE SUSPENSIÓN DE OBRA No. 1:	Diciembre 18 de días calendario 08 DE MARZO DEL AÑO 2020
FECHA DE LA PRÓRROGA No. 4 AL ACTA DE SUSPENSIÓN DE OBRA No. 1:	Catorce (14) días calendario 27 DE ABRIL DEL AÑO 2020
FECHA DE SENSICIÓN No. 1:	Veintidós (22) días calendario Veintidós (22) días calendario
TOTAL DE TIEMPO DE SUSPENSIÓN NO. 1 (para suspensión)	13 DE ABRIL 2020
MODIFICATORIO No. 1 (Garantía)	CIENTO SESENTA Y TRES (173) DIAS Desde el 22/12/2019 - 17/02/2020
FECHA DE PRODUCCIÓN No. 1	24 DE AGOSTO 2020
FECHA DE PRODUCCIÓN No. 2	24 DE AGOSTO 2020

Actualmente, la población sigue a la espera de mejoras en la vía, porque han sido muchos años de incomodidad.

Violencia, emigración y pornografía: el recorrido de una historia con contenido para adultos

Por María Margarita Lora Nova



Después de informarme cómo los deseos carnales se han vuelto rentables, cómo el placer momentáneo de una persona se monetiza y cómo la necesidad puede sobrepasar los límites de una persona, quise enfocarme en las situaciones que viven a diario las “mujeres de la vida alegre”, como les dicen coloquialmente. Así llaman a las prostitutas y creadoras de contenidos pornográficos. Ni siquiera el riesgo de contagiarse de Covid-19 ha detenido a estas mujeres, ya que la necesidad de sobrevivir las obliga a seguir trabajando, mientras que las oportunidades laborales menos riesgosas resultan inalcanzables.

Esto lo cuenta María Gutiérrez, una joven de 23 años, delgada y de cabello negro, proveniente de la ciudad de Barranquilla, pero radicada en Medellín para perseguir sus sueños. Esta es su historia, una mirada íntima a la vida en la industria del contenido para adultos, vista a través del ojo de una aguja.

Un 15 de octubre María y yo nos encontramos en la cafetería de un centro comercial en Montería. Llego cinco minutos antes de lo acordado y pido un café. Veo a lo lejos que ella se acerca, vistiendo un yin negro y una blusa bastante corta. Son las nueve de la mañana cuando llega al lugar. Nos saludamos y empezamos a conversar. Le pregunto qué provocó que saliera de su casa a tan corta edad y se enfrentara a todo tipo de peligro. Afirmo que había salido de su casa a los 17 años “porque mi papá le pegaba a mi mamá y ella no le gustaba que yo viera todo lo que él le hacía. Una tarde, cuando llegué del colegio, ella me tomó la mano y me llevó al cuarto, y me dio una bola de papel. En ella había ciento cincuenta mil pesos. Yo le pregunté que para qué era eso y me dijo que los escondiera, que pagara un pasaje de bus para Montería y que me quedara donde mi tía, pero que no le dijera nada a mi papá, ya que él era un hombre adicto al alcohol y a las apuestas de gallos”.

Agrega que estaba por terminar el bachillerato y quería estudiar en Medellín “porque ahí hay una universidad que siempre me llamó la atención, es la universidad de Antioquia. Gracias a Dios yo había terminado el grado once con notas buenas y no tenía el miedo de perder el año. Pasaron tres días después que mi madre me entregó la plata. Hasta que llegó el sábado en la madrugada. Mi papá llegó ebrio a la casa y, una vez más, lastimó a mi mamá. Antes de dejarla inconsciente, me gritó que saliera corriendo. Yo solo pude tomar un saco y la plata, llegué a la terminal a las cuatro de la mañana. Y tomé el bus para Montería en la mañana, como a eso de las siete. Llegué donde mi tía llorando y le conté todo lo que había pasado, y ella me acogió y me ayudó a hacer todo el papeleo para mi grado y para sacar mi cédula”.

María dice, además, que después de unos meses fue que pudo hablar con su mamá, quien le contó que el papá la había abandonado, pero que estaba feliz porque era libre al fin. “Yo también me llené de felicidad, tanto que le prometí que reuniría dinero para ir a visitarla. También le

conté que estaba trabajando en un restaurante como mesera. Y desde que empecé a trabajar allá empezó mi vida de libertinajes y salidas nocturnas. Yo trabajaba de seis de la mañana a seis de la tarde y una de mis compañeras me había dicho que yo tenía un buen cuerpo y que si quería trabajar con ella. Me pasaba presentando personas, la mayoría eran hombres. Según ella, para que hiciera amigos. Luego me contó que ella trabajaba en bares durante la noche y así ganaba dinero, y era lo que yo necesitaba. Me animé y fui con ella a trabajar en los bares y no tenía problemas, porque ya para esa fecha me entregaron mi cédula. Lo que ella hacía era conseguirme citas con hombres y nos encontrábamos en los bares y luego llegábamos a los moteles, esa era la dinámica. Hasta que hubo un caso en donde el tipo me llevó al motel solo para pegarme. Desde ahí vi que este trabajo no era color de rosa ni tampoco era dinero fácil. A veces me pegaban tan fuerte que me dejaba con morados y cicatrices”.

Afirma que cuando pasaron seis meses le dijo a su amiga que no la dejara con esos hombres, pero ella se tornó esquiva. “Me decía que debía cumplir si quería mi parte y pues yo sí necesitaba la plata. Así pasaron tres años, hasta que me fui a vivir sola en un apartamento pequeño y me traje a mi mamá conmigo. Desde un principio le conté lo que hacía y se opuso, pero tuvo que aceptar, ya que ella no ganaba lo suficiente. Ella aseaba casas y con lo que le pagaban solo alcanzaba para los servicios. Yo, por mi parte, hacía contenido pornográfico, como videos y fotos, y cobraba bien por eso. Yo sé que es algo crudo de conocer, pero se gana bien y se vive bien, yo cobraba por la noche hasta cuatrocientos y quinientos mil pesos, dependiendo de con quien me encontrara, y los ratos eran por cien o ciento cincuenta mil pesos; eso por muy mala que estuviera la noche. Y en los contenidos era casi igual, solo que yo cobro en dólares, ya que mi contenido es para extranjeros, así que gano mucho más. Y así es que me gano la vida y pago mis deudas. En estos momentos estoy cumpliendo con mi carrera de Ingeniería Agropecuaria. Tengo a mi mamá en condiciones óptimas y me doy una vida tranquila. Pero no es fácil, porque con mi trabajo, que muchos llaman ‘indigno’, sostengo una familia y muchos profesionales en este país no pueden decir lo mismo, y es que la desaprobación ha sido tanta, que, cuando preguntan a qué me dedico, miran con un desprecio, pero no saben por qué”.

Le pregunto: ¿cuándo será ese momento donde ya digas hasta aquí? “No lo sé con certeza, pero tal vez cuando ejerza mi carrera. Quisiera aprovechar lo que estoy estudiando”.

Esta fue una cita muy sencilla, pero cargada de vida, sueños y una realidad que desafortunadamente es pan de cada día en nuestro país. Como esta, hay muchas otras historias, todas marcadas por un grado de dolor, reflejo de una Colombia atravesada por la violencia y el dolor, donde también se silencian temas que siguen siendo tabú. Aun teniendo conciencia de que el placer carnal hace parte de nuestro desarrollo como seres humanos, la desinformación en torno a él sigue generando errores que podrían evitarse con educación y diálogo.

Detrás de la mirada de un soldado

Por Natalia Rhenals Briceño



Álvaro Rhenals o El Chanty, como le dicen sus amigos, es un veterano de las fuerzas militares colombianas. Estuvo veintidós años en el servicio militar, dice con orgullo mientras se acomoda en el sofá de su casa para recordar aquellos tiempos de sacrificio y honor en el Ejército.

Oriundo de Cerete (Córdoba), recuerda cómo, con mucho miedo, pero con la valentía para cumplir sus sueños, en 1993, a sus 17 años, ingresó a la Escuela Militar de Suboficiales Sargento Inocencio Chincá, en Tolomaida (Cundinamarca). Llegó a la escuela con muchos sacrificios. Allí terminó su bachillerato y descubrió su vocación: servir como militar. Álvaro, sin haber alcanzado la mayoría de edad, se enfrentaría a vivir en un nuevo departamento y adaptarse a culturas diferentes. Tenía mucho por aprender.

Habla con alegría. Con una mirada seria, recuerda lo que fue pertenecer al Ejército por vocación y todo lo que implicaba ser parte de él. Para Álvaro, su carrera como militar iba más allá de una vocación. “Estar en el Ejército es algo difícil, pero como militares tenemos una responsabilidad: el cumplimiento del deber a nuestra patria. Aunque eso implique dejar de compartir con nuestra familia”.

Desde niño, siempre fue muy noble, con un gran sentido de la justicia y sin causar daño a nadie. Su energía y riqueza interior le permitían apoyar a sus padres económicamente, trabajando en una finca a los 12 años, lo que demostraba la valentía que tendría en un futuro para enfrentar los retos de su profesión.

Álvaro recuerda con nostalgia las épocas en las que pasaba más de tres meses sin comunicación con su familia. Con mucha seriedad, relata que su paso por el Ejército le dejó muchos valores y virtudes. Estos, a lo largo de su carrera, lo ayudaron a mantenerse fuerte a pesar de la distancia con su familia y a enfrentar esa difícil situación.

Con la firmeza de sus recuerdos de aquellos años, su honor militar fue, es, y será, antes que nada, una depurada actitud moral, acompañada de disciplina y valor para el más exacto cumplimiento del deber, privilegio que se le otorga a cambio de una sola y solemne garantía: su honor.

La vocación del militar es única, pues se trata de tener mucha veracidad y coraje para enfrentarse a un mundo indefendible. En esa veracidad se incluye el ser un líder. “Nos tocaban muchas situaciones adversas. En mi caso me tocó ejercer mucho liderazgo y por lo general nos toca regir a la clase baja de nuestro pueblo colombiano. Encontramos muchas problemáticas: drogadicción y problemas de esta índole en las personas que van a prestar el servicio militar. En donde tengas un buen día o no, hay que ejercer como líder para todos esos jóvenes por el bien de la patria”.

Sin duda alguna, el ser militar va más allá de lo que nos muestran los medios. Es un sacrificio que no todos están dispuestos a asumir. Quien lo hace tiene la valentía y fuerza necesarias para superar todos los obstáculos, tal como lo hizo Álvaro.

A la altura del bonsái

Por Sharon Snow Polo



Amaury Torres

El 21 de octubre de 2013, el Pibe Valderrama visitó Montería y estuvo en la Universidad Pontificia Bolivariana (UPB). Lo más llamativo, aparte del gran futbolista invitado, fue el dividivi, un bonsái de quince años que decoraba la mesa.

Aquel día significó un antes y un después en la presencia del bonsái en los diferentes eventos de la universidad. Amaury Torres es el encargado de cuidarlo. Aunque es ingeniero de sistemas, una profesión que poco o nada tiene que ver el cuidado de esta planta, su lado sensible se refleja en el tiempo y dedicación que le dedica a sus amados bonsáis.

El bonsái es una disciplina muy conocida proveniente de Asia. Consiste en cultivar árboles y arbustos en macetas, y controlar sus dimensiones por medio de técnicas como el trasplante, la poda, el alambrado o el pinzado, de forma tal que se mantengan de un tamaño mucho menor al que alcanzarían en circunstancias naturales.

Su afición empezó hace más de veinticuatro años. “Empecé con un azahar de la India que se murió muy pronto”. Ha compartido y vinculado su afición personal con su espacio laboral. Lleva trabajando para la UPB más de dos décadas. “Fue la forma de integrarme a la universidad y compartir algo mío”. Su conocimiento ha sido empírico. Actualmente, los bonsáis que él cultiva adornan diferentes espacios de la universidad.



“Una planta normal no está en un recipiente y, en el caso de estarlo en la tierra, no debes tenerle mucho cuidado. En cuanto a plagas, la fumigación y el abono si está en una maceta grande, pero el bonsái tiene muy poca tierra y si no tiene la cantidad adecuada de humedad puede morir, y el diseño propio del bonsái tienes que formarlo, podarlo con mucho cuidado, como un tutor, uno se imagina la figura que uno quiere formar”, indica Amaury en su oficina, rodeado de diferentes bonsáis.

El bonsái se convierte en un elemento espiritual, un complemento de las actividades cotidianas. Proporciona tranquilidad, desarrolla la creatividad y fortalece el vínculo con la naturaleza. Una investigación realizada por científicos japoneses en 2017 reveló que la terapia de bonsái fue beneficiosa tanto a nivel cognitivo y físico, como conductual y emocional. Además, destacó que la simple contemplación de bonsáis permite reducir el estrés y favorece un estado de relajación tanto fisiológica como psicológica.

Es así como llega el bonsái a la UPB. Más que ser un sello de la universidad, los invitados a los distintos eventos quedan fascinados con este arte. “Eso sí”, dice Amaury entre risas, “cuando es época de vacaciones yo me los llevo y vuelvo y los traigo cuando retomamos”.

El otro lado de una cara “feliz” ...

Por Mariana Trujillo Pineda

¿Qué hay detrás del suicidio? ¿Qué lleva a las personas a acabar con su vida? El suicidio se ha convertido en la primera causa de muerte no natural en muchas partes del mundo, afectando principalmente a jóvenes y menores de edad. Aunque en los últimos meses se han suicidado personas mayores de edad, inclusive personas de 35 años en adelante. La sociedad actual resulta un caldo de cultivo para que se produzcan suicidios de menores, debido a cuestiones como la falta de valores, acoso escolar, depresión, desamor, etc. ¿Qué representa el suicidio para mí a nivel personal? ¿Qué tengo que decir sobre el suicidio?

12 de julio de 2020

Eran las ocho de la mañana. Me desperté, como todos los días, mientras esperaba clases, pero no me sentía cómoda; sentía que algo no iba bien, que no iba a estar bien durante el día. Después de desayunar me dirigí a buscar el móvil...

Yo, Mariana, encontré varios mensajes de texto de mi mejor amigo, Carlos Andrés. Me preocupó porque los mensajes decían que no se encontraba bien. El primer mensaje lo había enviado a las seis de la mañana, los demás después de las ocho. Aparte de eso, había dos llamadas perdidas a las once.

Le respondí, pero me percaté de que los mensajes ya no le llegaban y me empecé a preocupar. A las doce y treinta del día recibí dos llamadas del papá de Carlos Andrés, las cuales decidí no responder porque sabía que no me iba a dar buenas noticias... Minutos después sonó el móvil de mi mamá y él le dio la noticia: “Se mató mi hijito, se me fue mi hijito”. Mi señora madre quedó en shock. Me miró y no dijo nada. Procedí a coger el móvil y le pregunté qué había pasado. Apenas me

escucho el papá de Carlos Andrés, empezó a llorar mucho, por lo que le resultó difícil hablar. Le cedió el celular a su sobrina y ella me dijo: “Carlos Andrés se mató, lo encontraron varios minutos tarde, ya no había nada que hacer”. Mi mundo se desmoronó en ese momento...

Me alisté. Mis padres me acompañaron a la casa de Carlos Andrés, porque quería ver con mis propios ojos y corroborar que todo era mentira, que solo era una pesadilla el hecho de que él ya no viviera más. Al llegar encontré mucha gente. Vi a su mamá tratando de asimilaren shock; vi a su hermano Juan Andrés, a su papá, quien daba la vida por su hijo, el “rey de la casa” ...

Pasaron los días y la incógnita nos persiguió a todos. ¿Por qué lo hizo? ¿Qué lo llevó a hacerlo si lo tenía todo? Siempre estaba contento, siempre estaba feliz, siempre hacía feliz a los demás y buscaba que estuvieran bien.

¿A qué me refiero con lo que estoy plasmando en letras? A que el suicidio y sus causas deberían tener más importancia en pleno siglo XXI. Muchas personas se quedaron ancladas a un pensamiento tercermundista; son las mismas que dicen “Bobo/a que es”, “Lo hizo y hacen para llamar la atención”, y muchas otras expresiones que minimizan la situación. Ignoran que, cuando alguien con pensamientos o conductas suicidas expresa su sufrimiento, aunque no lo haga de manera directa, está pidiendo ayuda.

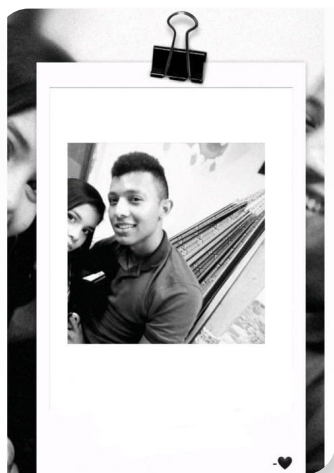
El suicidio es real, el suicidio no perdona ni tiene piedad con ninguna persona. Hay niños que, tras ser regañados fuertemente por sus padres, llegan a quitarse la vida. Si bien esto no tiene justificación, resalta la importancia de la salud mental en todos nosotros. La dejamos de lado, nos llenamos de obligaciones, de estrés, de deudas, la ansiedad nos convierte en otros, nos hace sacar a flote todas las inseguridades que rondan nuestra mente. Quienes hemos sufrido la pérdida de seres queridos o vivido experiencias que nos marcan para siempre cargamos un peso en el corazón. Hemos intentado algo ya alguna vez y no sabemos si eso podría ocurrir de nuevo. Por eso, es fundamental que el cuidado de la salud mental sea una prioridad en escuelas, universidades y espacios de trabajo, así como en la implementación de procesos y programas de psicología gratuitos.

Así como Carlos Andrés, un joven de apenas 20 años, decidió acabar con su vida, muchos otros esconden una lucha silenciosa. Él siempre estaba feliz, haciendo algo nuevo, estudiando y enseñando a otros, amando a otros, mostrando lo valioso que somos. Sin embargo, decidió acabar con su vida en un instante, mostrándonos a todos, de la manera más dolorosa, que detrás de una cara feliz existe tristeza, depresión, cargas, desamor, existen miles de motivos ajenos, un vacío que nadie llena, un vaso de agua a punto de desbordarse, donde una última gota basta para tomar la única salida que algunos ven: poner fin a su sufrimiento terminando con su vida.

Carlos Andrés era todo lo que estaba bien en la vida. Era un amigo ejemplar y leal; la persona más amable, generosa, amorosa y empática que conocí. Era el tipo de chico que sabía escuchar a las personas. Los mejores consejos me los daba él. Tenía un corazón gigante y bondadoso, lleno de amor por su familia y pasión por la tecnología.

Valientes todos los que pasan por una situación difícil y siguen aquí, admiro a todos porque son más fuertes que su pensamiento suicida. Seamos valientes, seamos capaces, podremos con todo.

¿Cómo juzgar a quienes deciden morir en un mundo donde se intenta sobrevivir a cualquier precio? Nadie puede juzgar. Solo uno sabe la dimensión de su propio sufrimiento o de la ausencia total de propósito en su vida.



In memory of all.

*In memory of
Carlos Andrés.*

Noche de robo

Por Stephany Zabala Coronado



El miedo me consumió en ese instante. Dos hombres me perseguían por todo el callejón donde vivo y no podía mirar hacia atrás de los nervios que tenía. Escuché un grito: “¡No sigas caminado o será peor!”.

Todo sucedió un jueves 16 de septiembre a las ocho de la noche en el barrio El Prado, de Montería. Dos tipos con capucha oscura, altos, delgados, me perseguían en una moto vieja estilo bóxer. Me detuve en un andén cerca de mi casa. Los hombres se acercaron y me dijeron:

—Quédate ahí y dame tu celular, pero no hagas ruido.

Me puso un arma en la cintura. Mis piernas empezaron a moverse de los nervios, sentí un líquido bajar por mis piernas. Fue ahí donde me di cuenta de que me había orinado.

–Te doy el teléfono, eso no es problema, pero déjame de apuntar con esa arma –le dije para medirlo.

La situación se tornaba cada vez más densa. Los hombres se volvieron más agresivos y me gritaron varias veces.

–Enséñamelo –dijo uno de ellos refiriéndose al celular.

Me lo saqué del bolsillo y se lo mostré, al tiempo que pensaba: “Ojalá no me pida nada más”. No lo hizo. Sin embargo, uno de los ladrones siguió insistiendo, queriendo ver si tenía más objetos de valor, como cadenas o algo de dinero en mi billetera.

Cuando cogieron mi celular, le dije a uno de ellos:

–¿Será que me das chance de quitarle la SIM? Ahí van todos mis contactos, toda mi información, que para mí es muy útil y a ti no te va a servir de nada.

A lo que respondió:

–No, así dámelo.

–¡Por favor! –le supliqué.

Entonces me dijo:

–Rápido pues, ¡pero apúrate!

Solo entonces caí en la cuenta de lo nerviosa que estaba. Me temblaban las piernas y tardé una eternidad en quitarle la SIM al celular. El otro atracador me dijo:

–Ahora me vas a dar tu billetera. ¿Y el dinero? ¿Cuánto llevas? A ver, tu billetera.

–Ay, señor, si mucho traeré unos dos mil pesos –le dije, pensando que así era.

A lo que respondió:

—No importa, dame lo que tengas.

Yo tenía la costumbre de guardar unos cuantos billetes que mi madre me había regalado. Tenía aproximadamente ese día unos diez dólares, solo rogaba que el ladrón no los encontrara. Soltó mi billetera y me dijo que se la llevaba porque algo podrían darle por ella.

Yo le dije:

—Adelante llévate eso y déjame en paz ya.

Furioso, uno de los ladrones dijo:

—¿Por qué mejor no te callas y nos dejas terminar de revisarte?

Al ver que ya no tenía nada más de valor, uno de los ladrones le dijo al otro:

—Vámonos.

Se miraron y dijeron con ironía:

—Que tengas buena noche.

Mis piernas no dejaban de temblar.

— ¿Te robaron? —preguntó una vecina que salió a auxiliarme al ver el susto que había pasado. Me senté en el corredor de una de las casas del barrio y la señora me dijo:

—Fui testigo de todo.

Para mí fue un alivio, ya que ella había sido testigo del robo y podríamos denunciarlo a la Policía.

Le dije a la vecina:

—¡Por favor, llame a la Policía!

La vecina me miró y dijo que ya estaban en camino. Esperé diez minutos. Cuando llegaron dos patrullas de policía y se estacionaron, provocaron un ruido inmenso en el callejón. Las personas salieron de sus casas, sus caras de preocupación eran evidentes. Uno de los policías me hizo ciertas preguntas y pidió que le diera una breve descripción de los hombres que me habían robado. Me dijo que esos dos ladrones operaban en muchos barrios hace algún tiempo, que este barrio no era el único en el que atormentaban a la gente. Otro de los policías dijo:

—La modalidad de robar más que todo era a altas horas de la noche en zonas solas y oscuras.

Todo el interrogatorio que me hicieron tardó media hora. Antes de que los policías se marcharan les dije:

—Muchas gracias.

A lo que ellos respondieron:

—Haremos todo lo posible para atraparlos. ○



**Universidad
Pontificia
Bolivariana**

SU OPINIÓN



Para la Editorial UPB es muy importante ofrecerle un excelente producto. La información que nos suministre acerca de la calidad de nuestras publicaciones será muy valiosa en el proceso de mejoramiento que realizamos.

Para darnos su opinión, comuníquese a través de la línea (57)(4) 354 4565 o vía correo electrónico a editorial@upb.edu.co

Por favor adjunte datos como el título y la fecha de publicación, su nombre, correo electrónico y número telefónico.

El encantador de perros

Flora del Pilar Fernández Ortega

Más allá del mototaxismo

Lizeth Anaconda Arboleda

El pozo de los recuerdos

Andrea Arévalo Salgado

Perdí a mi superhéroe a los 12 años

Daniela Benedetty Perneti

Del campo a un libro

Valentina Berocal Fuentes

Memorias de una región desaparecida

Lauren Bravo Velásquez

Educación en crisis

Maira Castellano Cuadrado

La vida en el campo no es fácil

Sebastián Condero Petro

Urrá: ¿la amenaza mortal del pueblo Embera Katío del alto Sinú?

María Fernanda de la Vega Martínez

Ayudando a quienes lo necesitan

Silvia Fernanda Gómez Espinal

Zhalemakú: un misionero especial

Juliana González Saavedra

El viaje al territorio de Bajo Agua

Gustavo Guacari Hernández

Álvaro: amor sin condiciones

Andrea Carolina Hoyos Caro

Un sueño musical: Ben3detti

Valeria Jiménez Bedoya

Crónica de un robo anunciado

Isabel Julieth León Jiménez

Una labor social de la Universidad Pontificia Bolivariana (UPB).

Cristián David Lorente Espitia

¡Una historia por contar! A la sombra del comercio informal

María Margarita Lora Nova

¡Y me salvé dos veces!

Josceelyn Morelos Serna

Puerto Escondido y su odisea con la vía

María Camila Narváez Hernández

Violencia, emigración y pornografía: el recorrido de una historia con contenido para adultos

Andrea Carolina Padilla Sáez

Detrás de la mirada de un soldado

Natalia Rhenals Briceño

A la altura del bonsái

Sharon Snow Polo

El otro lado de una cara “feliz” ...

Mariana Trujillo Pineda

Noche de robo

Stephany Zabala Coronado

